

***Myrtia*, nº 22, 2007**

F. Rodríguez Adrados, *El reloj de la historia: Homo sapiens, Grecia Antigua y Mundo Moderno*. Barcelona, Ariel, 2006, 847 pp.

Hace poco encontré perdido en el tablón de corcho de mi cuarto de trabajo un amarillento recorte que hablaba de los libros necesarios. Con más precisión, de que sólo deberían publicarse libros necesarios, aquellos que suponen un avance en el conocimiento, que abren nuevas visiones o que atacan las evidencias mostrencas que nos impiden acercarnos a la realidad de las cosas. La comunicación global permite que algunas estupideces se instalen en nuestras vidas como verdades incontrovertibles, se extiendan y se acepten como dogmas de esa nueva religión posmoderna de la ignorancia bien informada. Ante eso sólo nos queda confiarnos a “los pocos sabios que en el mundo han sido”, regresar a los clásicos o tener la fortuna de asistir de cerca a las palabras y las obras de alguno de los hombres universales que aún nos quedan. De los que representan el viejo ideal humanista aplastado por la especialización (falsa: todo el que no sabe más que de “lo suyo” es que no sabe de nada) y la mediocridad; de aquellas generaciones de liberales, hijos y nietos de Ortega, que soñaron con una España culta y cívica, equilibrada, feliz, griega, que sustituyera a la mezquina tribu invertebrada e infestada de odio en que acabamos desembocando siempre. Don Francisco Rodríguez Adrados es uno de esos hombres que nos han iluminado a lo largo de toda su trayectoria, de los que encarnan la primera virtud del sabio: la generosidad intelectual, la curiosidad permanente, la disposición a aprender y a enseñar, el amor irrenunciable a la verdad.

Filólogo, historiador, ensayista, pedagogo auténtico, don Francisco ha sido, además, un hombre incómodo por su insistente denuncia del disparate a que los distintos regímenes y gobiernos han ido conduciendo a la enseñanza española durante los últimos cincuenta años. Sus diatribas contra la desaparición paulatina del estudio de las lenguas clásicas y el universo moral que conllevan como fundamento imprescindible de cualquier cosa que pueda llamarse cultura; sus alegatos frente a las pedagogías ‘progresistas’ (hondamente reaccionarias) que venían a exterminar el amor al conocimiento, la instrucción, el mérito; y sus lamentos por una universidad endogámica y miope, edificada sobre la mediocridad y el amiguismo (sólo hay que comprobar que de ella han salido, sin apenas resistencia, las reformas de la enseñanza que han acabado con cualquier atisbo de excelencia; o que los nacionalistas y antiglobalizadores han hecho de algunos de sus departamentos verdaderas fortalezas desde las que expandir sus visiones cerradas y reduccionistas), le han convertido en una de las voces señeras contra lo que, me parece, es una curiosa constante de la civilización occidental: su

tendencia a renegar de sus mejores logros, al autoflagelo, a la mala conciencia por sus avances, su capacidad histórica para traicionarse a sí misma. Pero, sobre todo, con lo que Adrados ha cargado durante muchos años ha sido con la tarea ingente de enseñarnos lo que fuimos, nuestros orígenes y razón de ser griegos, los hallazgos y el sentido de la vida que cambiaron el mundo, y también su ruina, advirtiéndonos de que su olvido, su ignorancia, la renuncia a esa raíz espléndida constituye la vía principal que nos ha conducido siempre a la decadencia y a la destrucción de la libertad.

“El reloj de la Historia” es la obra cumbre de esa tarea magistral, iluminadora, a la que don Francisco ha dedicado toda una vida. Intentar resumir sus casi novecientas páginas me recuerda la respuesta del gran Tolstoi cuando le preguntaron de qué trataba Ana Karenina, a lo que contestó que si su obra hubiera podido resumirse en un par de frases no habría tenido que escribirla. Estamos nada menos que ante una exposición e interpretación global del devenir de la Humanidad, desde el *homo sapiens* hasta el mundo moderno, ensayando una teoría útil para la comprensión de las leyes permanentes de todo ese recorrido. Un decurso que, aun con sus *decalages* temporales –permítaseme el galicismo–, había sido paralelo o resultado de influencias mutuas en todas las culturas hasta la irrupción de un elemento radicalmente nuevo en la Historia y que la iba a transformar y acelerar para siempre, lo que Adrados llama “el gran salto”: el individualismo griego, la emancipación del hombre como dueño de su destino sobre la que se construyó la civilización occidental que no ha cesado de extenderse y atraer al mundo. Un momento de riesgo, generosidad y grandeza, de “apertura” que lo cambió todo. La tesis fundamental es, precisamente, que todas las culturas convergen en la greco-occidental o “son penetradas por ella”, lo que nos conduciría, en la perspectiva más optimista, a la sincronización final del “reloj de la historia”, es decir, del estadio de desarrollo hacia la libertad del hombre en que se encuentra cada cultura; y lo que convierte a la civilización occidental, en sentido estricto, en la civilización por antonomasia.

Al servicio de este núcleo vertebrador, el libro despliega una inmensa erudición, conduciéndonos, además de por la Historia misma, por las teorías de la Historia, por el modo en que todas las civilizaciones han abordado ese rasgo esencial de la Humanidad que es el relato de sí misma, la experiencia del tiempo como determinante de la necesidad de narrar y ser narrados. Se trata de establecer una “Teoría general de la Historia”, título de la primera parte de la monumental obra y objetivo fundamental del libro. Repasa Adrados los orígenes comunes del hombre, casi un sello, una huella hondamente impresa en nuestra naturaleza que nos dirigiera, de manera más o menos consciente, a la recuperación de una nueva comunidad universal determinada por esa unidad de origen (“Hacia la unidad del mundo, con sus problemas” es el título de la tercera parte de la obra, que se ocupa

del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial). Ideal de unidad que, como irá relatándonos, ha sido exaltado y perseguido en todos los momentos de esplendor de la Humanidad, en los momentos de “apertura” y renacimiento, en su sentido más pleno; ideal que revela el sustrato humanista de toda la obra de Adrados. Y que, en el caso que nos ocupa, desde la constatación de esa convergencia de civilización, establece la exigencia de una Teoría de la Historia que, aceptando todo lo mejor de las concepciones anteriores, de Platón y Tucídides, San Agustín y Maquiavelo, hasta Toynbee, Spengler, Jaspers, Popper o Schachermeyr, suponga un paso más en la explicación y anticipación de la unidad que los partidarios de la “apertura” frente al “cierre” o regresión anhelamos.

La superioridad —que tantas cosas explica y tantas desmiente— de nuestra civilización, cuyo devenir constituye la segunda parte de la obra, “La cultura greco-occidental”, es fundamentada por Adrados en los dos pilares que identifican y diferencian al mundo griego y sus herederos del resto de creaciones humanas: el conflicto y el cambio, aunque la formulación explícita del cambio sea moderna. Ambas son nociones humildes, que no sólo no ofrecen soluciones totales ni revelaciones definitivas, sino que parten, con Tucídides y Heráclito (“el conflicto es el padre de todo”), de la realidad de la naturaleza humana, de la aceptación de sus límites e imperfecciones, de la libertad para el acierto y el error, y que desembocan en la única forma política y organizativa que permite conciliar conflicto y libertad: la democracia. Paradójicamente, pues, esa superioridad indiscutible de la civilización griega, occidental, democrática, la única que terminará por llamarse así, no proviene de su capacidad para explicarnos todos los enigmas y ofrecernos soluciones, sino de lo contrario: de la fortaleza de su humildad, de su dinamismo vital, de ese hacerse y rehacerse que como aprendices de Penélope nos constituye. Es decir, de la asunción de la naturaleza histórica del hombre, de la afirmación de la Historia frente a quienes siempre buscaron su supresión o su final.

Quizás en la Odisea se encontrara ya todo. En la metáfora de ese tejer y destejer que es la existencia (y, con ella, la Historia) y que no busca acabarse, resultarse, que es siempre provisional, que no aspira a la perfección total, sino a la supervivencia, a la modesta felicidad de lo transitorio, pero que va corrigiendo su propia actuación, mejorándose aun sin una percepción plenamente consciente de ello. Y también en la metáfora del peregrinar de Ulises, donde el ansia del regreso —del fin de la Historia— acaba siendo sustituida por el viaje mismo, por el deambular que nos va forjando, que nos lleva al “progreso”, aunque la formulación del mismo como motor histórico sea posterior y esté muy lejos de lo que hoy se entiende por “progresismo”. Esa es la dinámica que Adrados llama “norma, ruptura y nueva norma” como vértebra del mundo griego, eje a su vez de la Historia; o la sucesión de lo positivo, la apertura (aventura, fe, riesgo,

expansión), y lo negativo, el cierre (renuncia a la aventura del conocimiento, de la conquista, de la mezcla), como causa y resultado de ese modelo occidental hacia el que todos miran.

Por eso, los grandes enemigos del mundo surgido del gran salto griego hacia las sociedades democráticas, en las que la libertad individual y la aceptación del conflicto humano son los principios estructurantes, son de dos tipos: los reaccionarios y los utópicos, ambos esencialmente iguales en su afán por encontrar respuestas totales, explicaciones definitivas, seguridad ante la incertidumbre, certezas frente a la humilde inseguridad e imperfección humanas. Los primeros son siempre los protagonistas de los cierres históricos, de los regresos a la estabilidad, por lo demás, en ocasiones, necesarios e incluso convenientes para nuevos impulsos de apertura. Y los segundos, los utópicos, los religiosos integristas –tanto de religiones salvacionistas extraterrenas, el cristianismo medieval o el islamismo contemporáneo, como nacional-socialistas o marxista-comunistas–, son los colectivistas en general, contrarios a la supremacía del individuo, por limitada, y extraordinariamente dañinos en sus sueños de perfección, en su capacidad para acabar con el hombre en pos de llevarlo a la sociedad donde todo estará resuelto, donde ya no habrá Historia, conflicto, cambio.

Sin embargo, por más que se hayan empeñado en obstaculizarla, y lo sigan haciendo; por más intentos de regresar a una sociedad pre-helénica, de cierres históricos y nuevos ensayos de sometimiento del individuo, “ya no hay cultura posible sin democracia”. De lo que también nos advierte don Francisco es de que, acaso, si como en tantos otros momentos olvidamos los fundamentos de lo que somos, si caemos en esas renunciaciones y autoinculpaciones tan frecuentes en nuestros teóricos del cierre (hoy, por ejemplo, dispuestos a ceder ante el despotismo o el quietismo orientales, ante las visiones estáticas del hombre y de la Historia, ante unos enemigos de la comunidad universal que se visten de justicieros antiglobalización y que sólo encubren su temor al cambio y su mala conciencia de privilegiados), podamos estarnos dirigiendo hacia un falseamiento de la democracia, hacia una perversión que, manteniendo sus formas, la degrade en su naturaleza profunda: la libertad de conciencia, la voluntad del individuo frente a la uniformización del pensamiento blando y sin nervio que caracteriza a la posmodernidad.

Adrados no nos ofrece, por tanto, ninguna nueva solución total. Tan sólo un método de interpretación –la dialéctica de aperturas y cierres– que pueda servirnos para no dejar de lado lo fundamental, para guiarnos en las sombras, aceptando las dudas que nos salvan de las utopías salvadoras, y nuestra condición de criaturas abandonadas a su suerte por unos dioses altivos. Criaturas tantas veces a tientas. Pero libres. A pesar de todo, libres.

Estamos ante un libro que nos plantea casi todos los asuntos que afectan al hombre de hoy. Ante uno de esos grandes libros llamados a convertirse en referencias obligadas y de los que salimos más sabios. Un libro que hace frente a nuestras encrucijadas, esa tesitura esencial de la modernidad en la que la expansión de la democracia se enfrenta a graves desafíos y resistencias. Tanto por las culturas desbordadas, como por el rebrote de los utópicos que se niegan a aceptar que la verdadera y máxima utopía es la libertad. Pero hay una inmensa fe en el hombre en “El reloj de la Historia”. El optimismo humanista de quien consagró su vida, toda una vida, al estudio de la civilización que hizo de esa fe en la humanidad su fundamento y razón. De la cultura que, sin negar a los dioses, afirmó el derecho de los hombres a forjar su destino. Lo contrario de la sumisión. Lo contrario de la tribu. La fe en que la apertura, las sociedades abiertas y leales con los principios que las han construido, la libertad que ha guiado a los hombres hasta lo que hoy somos, terminarán imponiéndose. La esperanza, al fin, en que el reloj de la Historia no se parará nunca.

Javier Orrico

***Myrtia*, nº 22, 2007**

Jan N. Bremmer, *La religión griega. Dioses y hombres: santuarios, rituales y mitos*. Trad. castellana, Ediciones El Almendro, Córdoba, 2006, 169 pp.

La traducción castellana del libro del estudioso holandés Jan N. Bremmer, titulado en su primera edición, en inglés, *Greek Religion* (1994, 1999², de donde se ha hecho la versión castellana), parece, con el largo subtítulo elegido por su traductor Lautaro Roig Lanzillotta, querer avisar al posible lector del contenido muy especial de un libro con un título en inglés tan general, que principalmente se centra en partes muy importantes y diríamos que esenciales en el estudio de cualquier religión y, por tanto, también en el de la religión griega, en la época de sus orígenes y formación. Es curioso que la traducción alemana (Darmstadt, 1996) eligiera en su momento, seguramente por parecidos motivos, también un título más descriptivo: *Götter, Mythen und Heiligtümer im antiken Griechenland*.

En efecto, el libro de Jan N. Bremmer se estructura y desarrolla a lo largo de siete apartados, cuyos títulos revelan, desde un primer momento, la peculiaridad de esta pequeña obra sobre las creencias de los griegos, bajo el nombre de: 1. *Introducción. Características generales*. 2. *Dioses*. 3. *Santuarios*. 4. *Ritual*. 5. *Mitología*. 6. *El papel de los sexos*. 7. *Transformaciones*. Todos ellos precedidos por un breve y necesario *Prólogo*, una lista de *Abreviaturas*, empleadas a lo largo del mismo, y una *Lista de Ilustraciones*, 17 en total, seguidos todos ellos por un *Apéndice* titulado: “La génesis de la Religión griega”, de poco más de tres páginas, un mero apunte, y un *Índice general*, que cierra la publicación.

Por todo lo anterior nos encontramos ante un estudio de lo que podemos llamar las acciones de culto en la religión griega, que se estudian y analizan en cinco apartados estrechamente relacionados entre sí, como no podía ser de otra manera, y así lo dice el mismo autor, al tratar de los *Dioses*, no todos, que reciben las acciones culturales, plegarias, sacrificios, etc.; *Santuarios* principales en los que tienen lugar estos actos de culto; la clase y las partes del *Ritual*, que se suele seguir en su realización; la *Mitología*, que explica el ritual o rituales, o la explicación que de ellos reciben los distintos mitos y sus constantes adaptaciones y representaciones plásticas, y, por último, la relevancia que en importantes cultos a distintos dioses griegos, principalmente femeninos, se concede al *Papel del sexo* de los participantes en los mismos. El último apartado, *Transformaciones*, es un intento por parte de Jan N. Bremmer de justificar, de forma explícita, su intención de ofrecer no una historia estática de la religión griega, en la que él, con toda razón, no cree, sino una perspectiva diacrónica (página 19), que presente y aborde los cambios, que, a lo largo del tiempo en estudio, sufren las creencias de los

griegos, debidos a factores varios: crítica de pensadores de distintas épocas, corrientes religioso-filosóficas, influencias de dioses y rituales extranjeros, etc. Una muy abundante y especializada bibliografía va apoyando el análisis que se hace en cada uno de los apartados, en los que los estudios parciales del mismo autor están muy presentes, así como los de autores como Burkert, cuyos postulados Jan N. Bremmer sigue o analiza con respeto. En este punto es de señalar las frecuentes comparaciones que hace el autor con fenómenos religiosos presentes en otras religiones del mundo, sobre todo de Oriente, que pueden ayudar a la comprensión de los correspondientes fenómenos en Grecia, así como descubren su docencia, desde 1990, en la Rijksuniversiteit de Groningen como Catedrático de Historia de las Religiones.

Estamos, pues, ante un libro sobre la religión griega que, a pesar de su corta extensión, no pretende ser una introducción a ese aspecto interesante de la cultura helena, sino, como el mismo autor señala en el *Prólogo*, ofrecer los últimos avances realizados en estos estudios después de la publicación del excelente libro *Greek Religion* (Oxford 1985, trad. inglesa. de *Griechische Religion der archaischen und klassischen Epoche*, Stuttgart, 1977) de Walter Burkert.

Vemos que desde un primer momento el estudioso holandés no se enfrenta a la realidad de los fenómenos religiosos griegos, que analiza, como algo que se pueda describir o definir de forma uniforme y con significación unívoca y clara, sino que de la mano del léxico griego, con preguntas y partiendo siempre de una postura crítica, analiza una y otra vez las distintas opiniones, para, a veces, ofrecer la suya propia o dejar abiertas otras posibilidades. Este es un rasgo que destacaríamos, sobre todo, de esta pequeña, pero valiosa obra: su posición siempre abierta y beligerante ante la abundante bibliografía empleada, que hacen que su libro se convierta en un conjunto de estudios críticos particulares, relacionados entre sí, pero autónomos en su análisis. Esto último, creemos, le permite al autor escribir, por ejemplo, (página 48): “si tuviéramos más espacio habríamos estudiado las figuras de Hermes, Hefesto, Afrodita...”; o hacer una elección a la hora de analizar y describir un determinado fenómeno religioso, una fiesta, un ritual, etc., aclarando que (pp. 81-82): “en lugar de ocuparnos de los ritos de Atenas y de Esparta, que son tratados más a menudo, nos centraremos en los de Creta”. Por ello, el posible lector debe, creemos nosotros, tener a mano otros estudios sobre la religión griega (Burkert, Nilsson, García López, por ejemplo), que le informen sobre esos temas tan tratados y supuestamente conocidos, si quiere tener una información completa sobre ese aspecto particular, sobre un dios, sobre un rito o sobre una fiesta en concreto. Esto se debe tener en cuenta al leer esta obra. En cualquier caso, echamos en falta un índice bibliográfico, que resaltaría, sin lugar a dudas, la puesta al día en tantas cuestiones

del libro de Jan. N. Bremmer.

En resumen, un libro muy interesante y recomendable sobre religión griega, cuya traducción al castellano llega un poco tarde, doce años después de su publicación, en inglés (1994) –ya existen traducciones al alemán (1996), neerlandés (2004) e italiano (2002) – aunque siempre es un trabajo que merece ser bien recibido, sobre todo cuando, como el que reseñamos, se presenta de forma excelente y cuidada, aunque haya algunos errores de menor importancia en su presentación. Por ejemplo: las ilustraciones, en general, se podrían haber mejorado; se repiten “razón” (p. 79) y “en” (p. 136); falta (p. 143) la palabra “tierra” en la frase “los frutos de la y todo aquello”; se escribe “ la gran resèto” por “el gran respeto” (p. 134) en la frase “la gran resèto a los dioses refrena la palabra”; pensamos que hubiera sido conveniente regularizar la forma de escribir palabras como *status* o *status*, unas veces en cursiva (pp. 29, 68, 92, 110) y otra normal (p. 84) o escribir *polis*, como *poleis* (pp. 18, 150, etc.), mejor que *polis* (pp. 40, 43, 49, etc.). Además, si se ha elegido, como en el texto original, la transliteración de los términos griegos oxítonos sin acento (*heortai*, *khalkis*, *hieros*, *hagnos*, *theos*, etc.), se debería mantener en todos ellos sin excepción y no acentuar, por ejemplo, *aulós*, que se traduce, –no lo hace el autor holandés– mal por “flauta” (p. 83) Por otra parte, se escribe “las *agela*” por “la *agela*” (p. 84), pues es singular; “Ansterias” por “Antesterias” (p. 86) Personalmente, preferimos, por ejemplo, Posidón a Poseidón, cultuales a cúltricos (p. 150) y, como el texto original, *lykos* a *lukos* (p. 136), *pannychis* a *pannuchis* (p. 129), *nymphólèptos* a *numphólèptos* (p. 147), *demos* o *demoi* a *demos*, que no existe en castellano, o, como el mismo traductor ha elegido en algunos casos, *mythos* a *muthos* (p. 97), *lekylthoi* a *lekuthoi* (p. 130) o también Flía a Phlya, entre otras transcripciones de nombres geográficos al castellano. No entendemos por qué *phallus* (forma latina, francesa, inglesa o alemana), y no “falo” (forma castellana) o *phallos* (griego, en transliteración) Por último, si el traductor ha decidido acentuar en la transliteración las palabras proparoxítonas, como vemos en *témenos* (p. 54, 60), *nomidsómena* (p. 69), etc., debería haber acentuado, por ejemplo, las palabras *Ánodos* (p. 125), *mégara*, *mágara* (p. 128) y *lékythoi* (p. 130) En fin, como se puede observar, son pequeños detalles que, corregidos, mejorarían la excelente presentación del libro, que es una valiosa aportación, al facilitar el acercamiento en nuestra lengua al interesante mundo del fenómeno religioso en la antigua Grecia.

José García López

Myrtia, nº 22, 2007

Edward M. Harris & Lene Rubinstein (edd.), *The Law and the Courts in Ancient Greece*, London: Duckworth, 2004. ISBN 0-7156-3117-9, xi + 240 pp.

El libro *The Law and the Courts in Ancient Greece*, que nos proponemos reseñar en estas páginas, constituye un volumen que logra incorporarse con éxito en el notorio grupo de obras colectivas que ofrecen investigaciones recientes sobre derecho griego antiguo.¹ Se trata de una recopilación de trabajos originales e interesantes destinados –como los propios editores sugieren en el prefacio (xi)– a estudiar desde una pluralidad de alcances y lecturas la difusa relación establecida entre las leyes y los tribunales en Atenas y otras ciudades de la Grecia clásica y helenística. Este conjunto de contribuciones, pues, crea un texto sólido y uniforme a lo largo de sus páginas, a pesar de que la puntualidad de las temáticas trabajadas en los capítulos independientes y la falta de una conclusión global (capaz de brindar un cierre a la discusión) puede provocar en el lector una sensación de parcialidad y atenta contra lo que podría haber constituido, de otro modo, un trabajo único sobre el vínculo entre derecho sustancial y jurisdicción en la antigüedad griega.

Como suele ya ser habitual en este tipo de ediciones, la “Introduction” del libro (1-18), que antecede las cuatro partes en que se divide la obra, da cuenta de la intencionalidad del volumen y se esfuerza por encontrar líneas directrices y resumir las principales contribuciones de los distintos artículos.

La Parte I, “*Law, Religion, and the Sources of Legitimacy*”, reúne trabajos que exploran la relación, siempre interesante, entre el derecho y los dioses en el marco de las regulaciones vigentes en diversas *póleis*. Así, en “*Antigone the Lawyer, or the Ambiguities of Nomos*” (19-56), Edward M. Harris se ocupa de redefinir el conflicto normativo subyacente en la tragedia de Sófocles. En efecto,

¹ En este sentido, el volumen es contemporáneo de otras dos obras colectivas sobre la temática. Nos referimos al libro dirigido por Delfim F. Leão, Livio Rossetti & Maria do Céu G. Z. Fialho (*Nomos. Direito e sociedade na Antiguidade Clássica / Derecho y sociedad en la Antigüedad Clásica*, Coimbra & Madrid: Imprensa da Universidade de Coimbra & Ediciones Clásicas, 2004) y al texto editado por Michael Gagarin & David Cohen (*The Cambridge Companion to Ancient Greek Law*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005). El primero, como ya hemos tenido oportunidad de discutir en una reseña reciente (*Ordia Prima*, Córdoba [2007], en prensa), tiene la particularidad de abrir el campo de estudio al mundo ibérico y latinoamericano mediante la activa participación de colaboradores españoles, portugueses y mexicanos. En cuanto al segundo, corresponde señalar que tiene la intención de ofrecer una sucinta presentación general del derecho griego, destinado a su divulgación, y no tanto un conjunto de investigaciones novedosas.

a partir del reconocimiento de la importancia del *rule of law* en el ámbito ateniense, el autor señala –desde un trabajo léxico minucioso con el texto– que la verdadera oposición que la obra plantea no está dada entre el derecho positivo de los hombres y la justicia natural divina, como históricamente se ha repetido. Al contrario, *Antígona* muestra bien la controversia instalada en el período democrático entre interpretaciones divergentes de la noción vaga de *nómos*. Así, mientras que Creonte considera que su decisión tiene fuerza de ley por el simple hecho de proceder de la autoridad constituida, la protagonista defiende la tesis según la cual toda ley requiere –para constituirse como tal– una legitimidad que sólo pueden otorgar el consenso de la comunidad y el sustento divino. Así, mientras que Antígona presenta frente a la audiencia dramática los argumentos más sólidos, el tirano ignora al pueblo y recurre a argumentos que dejan entrever hasta qué punto intenta imponer una obediencia injusta, violando así sus deberes como magistrado.

El segundo trabajo, escrito por Robert Parker, tiene por título “What are Sacred Laws?” (57-70). A partir de ese interrogante, el autor consigue criticar de modo eficaz la tradicional noción de *leyes sagradas*. De acuerdo con su postura, estas reglas –previstas como parte de la propia sociedad, y no como un *corpus* normativo alejado de las regulaciones públicas de la comunidad política– incluyen dos tipos ideales. Algunas de ellas son fuentes formales que se originan, en principio, como cualquier otra norma jurídica y en cuyo contenido suelen incluirse sanciones frente al eventual incumplimiento. Otras, en cambio, suponen una suerte de recomendación, no incluyen consecuencias jurídicas ante las infracciones y derivan de la tradición exegetica. A pesar, entonces, de que numerosas leyes compartan características de estos dos tipos, lo cierto es que –lejos del ambiguo término “sagrado”– dicha división permite concebir de modo mucho más eficaz la naturaleza cambiante de estas regulaciones, oculta de otro modo bajo una dudosa expresión genérica que las engloba sin explicarlas.

El prolijo trabajo de F. S. Naiden, “Supplication and the Law” (71-91), parece retomar algunos puntos ya desarrollados por Parker, especialmente en lo que hace a la íntima relación entre el universo religioso y la legislación positiva de la *pólis*. En efecto, en este capítulo que cierra la primera parte del libro, el autor se propone desentrañar el multifacético fenómeno de la súplica, explicando de qué modo confluyen en su praxis diversos elementos divinos y humanos. Así, en el inicio del artículo se identifican, dentro de la súplica, cuatro pasos esenciales: el acceso del suplicante a quien está en condiciones de proporcionar ayuda, el uso de palabras o gestos por parte del suplicante para identificarse, el pedido formal –junto con eventuales argumentos– y, finalmente, la consideración de la súplica por parte de quien la recibe, que resulta en su aceptación o rechazo. A partir del reconocimiento de estas instancias consecutivas, Naiden muestra

cómo en la súplica el ritual religioso está permanentemente atravesado por las leyes y las características del proceso judicial de la ciudad, tal como se vislumbra en los ejemplos epigráficos (*IG* ii² 218) y literarios (*Suplicantes* de Esquilo).

La Parte II del volumen, “*The Role of Law in the Athenian Courts*”, reúne dos trabajos que se ocupan particularmente de advertir las características y el papel de los *nómoi* atenienses en el ámbito de los tribunales. Así, James Sickinger parte de las frecuentes citas legales en los discursos forenses para elaborar una propuesta acerca de la discutida problemática de la disponibilidad y accesibilidad de las leyes en la *pólis*. Para ello, en “*The Laws of Athens: Publication, Preservation, Consultation*” (93-109), repasa las escasas fuentes áticas que indican cómo y dónde se publicaban los textos normativos. De este modo, a través de un análisis documental (que le hace considerar que existía una lógica consciente de distribución de las *stélai* en Atenas), el autor concluye que los litigantes interesados en encontrar una determinada ley inscrita no debían tener inconvenientes para su pronta localización y consulta.

Por su parte, en el trabajo “*Offence and Procedure in Athenian Law*” (111-136), Christopher Carey se dedica a explorar el sustento objetivo del pasaje demosténico según el cual los demandantes en Atenas podían optar, según sus intereses, por una acción procesal entre una multitud de procedimientos disponibles (22.25-7). A la luz de un contraste de dicha observación con el resto de los testimonios de la oratoria (fundamentalmente con el pasaje 3.4-6 de Hipérides, que consolida una visión contraria), Carey sugiere que dicho abanico forense estaba en verdad condicionado por el tipo de crimen. De este modo, concluye que la flexibilidad existente en los tribunales atenienses no resulta tan extrema ni tan sencilla como ciertos críticos han pretendido deducir a partir de Demóstenes: algunos delitos, por ejemplo, sólo podían ser llevados ante un tribunal mediante un proceso privado (*díke*), mientras que otros –en cambio– estaban limitados a su juzgamiento en el marco de un procedimiento público (*graphé*).

La Parte III, “*Legal Arguments in the Attic Orators*”, está encabezada por un ilustrativo trabajo de Peter J. Rhodes. En “*Keeping to the Point*” (127-158), el autor ofrece una interesante reflexión sobre el problema de la relevancia jurídica de los argumentos generalmente presentados ante los jueces por parte de las partes en una controversia judicial.² En este sentido, Rhodes reproduce la tradicional opinión de los estudiosos del derecho griego, para quienes el amateurismo de los tribunales atenienses permitía que el denunciante y el

² Este trabajo antecede en su publicación a otro minucioso estudio reciente sobre la misma problemática: Lanni, A. “*Relevance in Athenian Law*”, en Gagarin, M. & D. Cohen (edd), *op. cit.*, pp. 112-128.

demandado se apartaran del asunto estrictamente jurídico y se explayaran en cuestiones relacionadas con los rasgos negativos del adversario o con las virtudes propias. Gran parte de los historiadores y filólogos opina que, con ello, cada litigante buscaba conmover a los jueces para ganar su simpatía, en lugar de pretender un convencimiento racional a partir del examen del fondo del asunto. El artículo manifiesta, sin embargo, que las fuentes justifican una lectura diferente de la tradicionalmente sostenida. De hecho, un detallado estudio diacrónico del *corpus* de la oratoria judicial ática le permite a Rhodes concluir, contra lo esperable, que sólo en muy pocos casos (como las *dokimasiai*) la argumentación incluida en los discursos era absolutamente irrelevante a la cuestión.

El capítulo ofrecido por Adriaan Lanni, “Arguing from ‘Precedent’: Modern Perspectives on Athenian Practice” (159-171), se concentra en otro tema de fundamental trascendencia para comprender el funcionamiento de las múltiples cortes atenienses (sobre todo en términos comparativos, teniendo en cuenta las bases del actual sistema jurídico anglosajón): el dilema de los precedentes judiciales.³ Es cierto para ella que la falta de mecanismos administrativos eficaces en Atenas para apelar y preservar las sentencias de los tribunales sugiere *a priori* la ausencia de precedentes obligatorios. No obstante, Lanni indica que una quinta parte de los discursos forenses preservados citan y mencionan decisiones judiciales previas. De ese conjunto de veinticinco discursos, ocho testimonios indican en forma clara la pretensión por parte de los oradores de recuperar el veredicto de un asunto pasado y de conseguir su aplicación en el caso bajo examen. Intentando explicar esta estrategia, la autora concluye que la mención de precedentes, lejos de funcionar como condicionante con miras al futuro, cumplía en la *pólis* la función esencial de promover un respeto por el proceso judicial y de brindar un aura de consistencia a un sistema jurídico que se manifestaba como extremadamente imprevisible.

La Parte IV del volumen, “*The Rule of Law Outside Athens*”, es la única que se encarga en forma intencional y explícita de examinar la relación entre las leyes y los tribunales en el mundo griego no ático. Analizando un conjunto normativo que varias veces estudió desde una pluralidad de perspectivas,⁴

³ Ya la autora nos había ofrecido una introducción al mismo asunto en su artículo “Precedent and Legal Reasoning in Classical Athenian Courts: A Noble Lie?”, *The American Journal of Legal History* 43 (1), 1999, pp. 27-51.

⁴ Ver, por ejemplo, sus trabajos “The Organization of the Gortyn Law Code” (*GRBS*, 23, 1982, pp. 129-46), “The Testimony of Witnesses in the Gortyn Laws” (*GRBS* 25, 1984, pp. 345-49), “The First Law of the Gortyn Code” (*GRBS*, 29, 1988, pp. 335-43), “The Function of Witnesses at Gortyn” (*Symposion*, 1985. Akten der Gesellschaft für griechische und hellenistische Rechtsgeschichte, vol. 6, Köln, 1990, pp. 29-54), “The Economic Status of Women at Gortyn: Retroactivity and Change” (*Symposion* 1993.

Michael Gagarin nos introduce en el derecho cretense. En su trabajo “The Rule of Law in Gortyn” (173-183), se encarga de demostrar de qué modo los testimonios epigráficos en dicha ciudad traducen la consagración del imperio soberano de la ley. Así, el autor consigue distinguir en las cláusulas del llamado Código de Gortina los tres elementos que considera esenciales para identificar el *rule of law*: la imposición del derecho como medio de solución de divergencias –en reemplazo de la violencia–, la consideración de que todo hombre (incluso las autoridades) deben someterse al poder de la ley y, finalmente, el principio de que los requerimientos del derecho están estrictamente alejados en su autonomía de apreciaciones de índole política.

Cerrando el volumen, Angelos Chaniotis abre las fronteras de la problemática del derecho y la jurisdicción al mundo helenístico en su capítulo “Justifying Territorial Claims in Classical and Hellenistic Greece: the Beginnings of International Law” (185-213). Interesado en investigar los medios de solución de controversias relacionadas con la posesión física de las tierras públicas en zonas ubicadas entre varias *póleis*,⁵ el autor parte de una inscripción en que se describe la solución de una disputa entre las ciudades de Hierapitna e Itanos (s. II a.C.). A partir de dicho testimonio cretense, logra identificar una serie de principios fundamentales que sirven de argumentos para justificar la propiedad territorial. Los cuatro modos de adquisición legítima de territorios (la herencia, la compra, la donación y la conquista) se oponen en los laudos arbitrales preservados a la ocupación práctica desprovista de títulos de legalidad. En esta confluencia de bases consuetudinarias capaces de dar sustento jurídico a una pretensión de dominio, Chaniotis propone leer un conjunto de principios que sustentan (y delimitan) la lógica del futuro derecho internacional.

Finalmente, las perspectivas interesantes que ofrece el libro se cierran con la aclaración de las abreviaturas usualmente utilizadas (215), el listado global de

Akten der Gesellschaft für griechische und hellenistische Rechtsgeschichte, vol. 9, Köln, 1994, pp. 61-71), “The First Law of the Gortyn Code Revisited” (*GRBS*, 36, 1995, pp. 7-15), “Rhétorique et anti-rhétorique à Gortyne” (en Dobias-Lalou, C. [ed.] *Des dialectes grecs aux lois de Gortyne*, Nancy, 1999, pp. 65-74, “The Gortyn Code and Greek Legal Procedure” (*Symposium*, 1997. Akten der Gesellschaft für griechische und hellenistische Rechtsgeschichte, vol. 13, Köln, 2001, pp. 41-52). En estos momentos, Gagarin se encuentra incluso trabajando en un libro al respecto, sobre *The Laws of Ancient Crete* (en coautoría con Paula Perlman).

⁵ En este sentido, es interesante leer esta aportación junto con otro texto contemporáneo de su autoría: “Victory's Verdict: The Violent Occupation of Territory in Hellenistic Interstate Relations”, en Bertrand, J.-M. & P. Schmitt-Pantel (edd.) *La violence dans les mondes grec et romain*, Paris, 2004, donde se ocupa más particularmente de la naturaleza jurídica de la conquista territorial por las armas.

la bibliografía citada en las diversas contribuciones (215-228) y un *index locorum* que facilita el rastreo de las fuentes jurídicas y literarias analizadas (229-240). Sólo podemos lamentar la ausencia de un *index verborum* que quizás habría permitido cruzar de modo productivo, en una búsqueda temática, diversos trabajos que a veces focalizan su atención en asuntos similares.

Cabe celebrar la iniciativa de Harris y Rubinstein y la propuesta de reunir nueve trabajos de excelencia unidos por una misma temática. Pero lo que quizás resulta más interesante de la empresa es que esa uniformidad que postula el título no complota en ningún momento contra la individualidad de los capítulos. Así, se debe destacar que la variedad de perspectivas de *The Law and the Courts in Ancient Greece* consolidan un esfuerzo académico que deviene rico, precisamente, en su propia heterogeneidad.

En definitiva, nos encontramos frente a una propuesta extremadamente valedera (y una lectura provechosa) para quienes están interesados en profundizar ciertos aspectos concretos y prácticos de la compleja imbricación del derecho vigente y los órganos judiciales -de ley aplicable y foro- a lo largo de la antigüedad griega.

Emiliano Jerónimo Buis

Myrtia, nº 22, 2007

Luis Gil, *'Therapeia'*. *La medicina popular en el mundo clásico*. Triacastela. Madrid, 2004. 553 pp.

Junto a la denominada 'medicina técnica', cuyo orto, en palabras de P. Laín Entralgo¹, alumbró en el ámbito griego en torno al 500 a.C., existió en Grecia un tipo de medicina 'mágico-religiosa' que influyó en la creación de la 'técnica'. Esta medicina 'pretécnica' o 'extratécnica' va a perdurar bajo apariencia distinta como 'medicina popular' o 'folkmedicina', sobre todo en los estratos menos cultos de todas las sociedades de Occidente. Éste es el contenido del libro de Luis Gil, que la suerte ha querido poner en nuestras manos. Se publicó por primera vez en 1969 en la Editorial Guadarrama, que desapareció al poco tiempo. Los afortunados de aquel entonces que adquirieron un ejemplar, quizá sin saberlo, han tenido en su poder un libro muy valioso por su contenido y quienes nos hemos incorporado a la Filología Clásica posteriormente hemos debido recurrir a sus favores para poder disfrutar de él. En 2004, la Editorial 'Triacastela' tuvo la genial idea de volverlo a poner en circulación. Y digo genial porque es un libro de imprescindible lectura para poder tener conocimiento cabal de este mundo tan apasionante de la medicina pretécnica que está en la raíz de la llamada 'técnica'.

La publicación reproduce la primera edición; a ella se añade un prólogo de Ignacio Rodríguez Alfageme. El primer capítulo está dedicado al concepto de enfermedad y a la actitud que la sociedad griega de los períodos arcaico y clásico tiene de ella (pp. 21-57). A continuación, el profesor Gil trata de la profesión médica y su relación con la sociedad en Grecia y en Roma: cómo surge el arte médica, cómo es considerada la profesión entre los romanos, y cómo desde época remota, junto a la medicina 'técnica', hubo otra de carácter profano, ritual y mágica: la practicada por 'iatromanteis', que reúnen en sí las cualidades de vidente y de médico (pp. 61-83). La parte tercera está dedicada a la «Enfermedad y curación en la Mitología Griega» (pp. 87-134); se analizan los mitos que abordan la enfermedad y su curación: Quirón; Podalirio y Macaón; Melampo y Poliido, para acabar con la medicina en los poemas homéricos. En el capítulo cuarto, «Contagio, mancilla y transferencia» (pp. 137-213), se abordan algunos conceptos, cuya comprensión resulta necesaria para saber cómo opera la medicina transferencial ('contactus' y 'contagio') y la medicina simpática ('homeopatía' y 'alopatía') y cómo entendían los antiguos la enfermedad: 'miasma' que es preciso limpiar mediante prácticas catárticas y transferenciales siguiendo unos ritos

¹ Cf. *Historia de la medicina*, Salvat, Barcelona, 1986 (= 1978), 51-ss.

próximos a la religión, por un lado, y a las prácticas mágicas, por otro; se estudian los métodos de esta medicina, basada en los tres reinos de la naturaleza: vegetal, mineral y animal (incluido el ser humano), en el uso de amuletos y en curas por homeopatía y transferencia. La parte quinta está dedicada a la palabra empleada con fines terapéuticos (pp. 217-244); la que el profesor Gil estudia no es su forma religiosa (plegaria) o su forma profana, sino la ‘mágica’ (la ‘epōdē’: el ensalmo, el encantamiento). En la parte sexta, se estudia la enfermedad como un estado de invasión o posesión del hombre por un espíritu maligno; entre las páginas 247 y 280 se estudian con profundidad cómo influyen negativamente en la salud del hombre las ‘kērēs’ y los ‘daimones’, originando, sobre todo, accesos febriles, locura y epilepsia, llamada por los antiguos según este concepto, ‘enfermedad sagrada’. La parte séptima está dedicada al estudio del empleo de la música, la danza y aún el simple ruido para expulsar los agentes causales de la enfermedad (pp. 283-348). La parte octava (pp. 351-399) está centrada, sobre todo, en la divinidad sanadora por antonomasia entre los griegos, Asclepio, y en su forma de curación, la ‘incubatio’, que, en definición del propio Gil, es ‘el acto de dormir en un lugar sagrado en la espera de obtener una revelación sobre un problema cualquiera de un ensueño enviado por el numen local’ (p. 352). Y en el último capítulo, se da cuenta de la terapéutica astrológica, basada en la doctrina de una correlación real entre el universo o macrocosmos y el hombre individual o microcosmos, y en el influjo de los astros sobre el cuerpo humano (pp. 403-457). El volumen se cierra con unos utilísimos índices onomásticos y analíticos elaborados por Ignacio Rodríguez Alfageme.

El lector de esta ingente y colosal obra tendrá en sus manos un libro básico para el conocimiento de infinidad de cuestiones relacionadas con un mundo tan apasionante como es el de la medicina ‘popular’ y sus prácticas en el mundo clásico, fundamentalmente por dos razones: el profesor Gil realiza sus descripciones y argumentaciones poniendo ante nuestros ojos lo que podemos encontrar en las fuentes antiguas, lejos, por tanto, de disquisiciones sin fundamento; así, su trabajo logra que nuestro conocimiento sobre esta materia sea pleno; además, como afirma D. Pedro Laín Entralgo en la página 18 de la ‘Presentación’ de este libro, “sobre el tema en él tratado, no hay en toda la bibliografía universal otro que pueda comparársele”. La causa de esa laguna es despejada por el propio autor en la frase que da comienzo a la obra: “El tema que vamos a tratar es una especie de tierra de nadie entre la historia de la medicina y la filología clásica” (p. 21). Y el Nadie, que ha surcado este proceloso y vasto océano, cual Odiseo, ha sido D. Luis Gil. Gracias, maestro.

Miguel E. Pérez Molina

***Myrtia*, nº 22, 2007**

Galeno, *Sinopsis de Galeno de su propia obra sobre pulsos*. Estudio introductorio, bibliografía, traducción, notas e índices de Luis Miguel Pino Campos, Madrid, Ediciones Clásicas, 2005. 424 pp.

Este magnífico libro de L. M. Pino consta, por un lado, de la traducción de la obra de Galeno *Sinopsis de Galeno de su propia obra sobre pulsos* y, por otro, de un estudio introductorio y otros apéndices.

Elaborado con la claridad, la capacidad de organización y la exhaustividad que caracterizan a Pino, es éste un completísimo trabajo, muy útil para introducirnos en el estudio de Galeno, del galenismo, de historia de la medicina, así como en prácticas y conocimientos médicos, tanto en la antigüedad como en otras épocas a lo largo de los siglos, centrado en particular en lo referente a los pulsos.

Respecto a la introducción, nos encontramos con un valioso estudio en gran profundidad, que nos proporciona información muy sustanciosa en aspectos diversos. Está estructurada en los siguientes apartados:

1. Una breve noticia biográfica sobre Galeno, en que además nos aporta el autor (al igual que en los restantes apartados) abundante bibliografía sobre los estudiosos del médico de Pérgamo, a los que remite para mayor información.
2. Comentario sobre las obras de Galeno que hacen referencia a los pulsos (remitiendo asimismo a estudios anteriores en relación al resto de su “ingente obra”). Primero (2.1) nos expone los tratados específicos de pulsos, siete que han llegado a nosotros -entre los que se encuentra la *Sinopsis* objeto de este libro- y otro más, perdido. Después (2.2) nos habla de los tratados considerados hoy espurios, aunque los antiguos los atribuyeron a Galeno, y añade por último (2.3) una larga serie de pasajes de otras obras de Galeno en que éste incluyó también observaciones varias sobre el pulso. A continuación comenta Pino a modo de conclusión de lo anterior los grandes conocimientos que poseía Galeno sobre los pulsos y la importancia que él les atribuía (2.4), así como sus cualidades como escritor polifacético (2.5), que cultivaba entre otros géneros el del resumen (2.6 y 2.7). En los siguientes subapartados trata otras cuestiones diversas: la recepción por la posteridad de los escritos galénicos sobre el pulso (2.9-2.12) y el aspecto más propiamente médico, “la práctica médica de Galeno y los pulsos” (2.13-2.16) o la práctica de medición del

- pulso por otros médicos, ya en la antigüedad (2.17), ya en épocas modernas (2.18-21).
3. Examina minuciosamente cuestiones de terminología de los vocablos referentes al pulso o a conceptos relacionados, lo que le sirve para presentarnos una síntesis de historia de la medicina griega: desde la mención de médicos y curaciones ya en los primeros textos griegos, los homéricos (en los que también se habla de la influencia egipcia en la medicina griega), e incluso antes, en las tablillas micénicas. Y ya en concreto respecto a los términos que aluden al pulso, *sphygmós* (3.2), el más exacto, aparece desde el s. V a. C. en el *Corpus Hippocraticum*, y no sólo en textos médicos sino también filosóficos. Asimismo se ocupa Pino de otros vocablos (3.3), analizando los pasajes del *Corpus Hippocraticum* en los que se encuentran –y también de Aristóteles, sobre todo– para comprobar si su significado equivale al de *sphygmós*, tras lo cual extrae importantes conclusiones (3.4), siendo la primera de ellas que desde el s. V a. C. se especializó la raíz de *sphygmós* para designar el pulso.
 4. A continuación dedica un detenido comentario específicamente a la esfigmología –o estudio de los pulsos– antes y después de Galeno, tanto en el aspecto práctico (4. 1) como respecto a los estudios que se han realizado a partir de Galeno a lo largo de los siglos, con lo que el autor nos aporta importante y abundante información, primero sobre estudios de los pulsos (4.2) y después sobre estudios de historia de la Esfigmología (4.3), para concluir con un apartado especial (4.4) centrado en otros trabajos que ofrecen una descripción más concreta de la práctica esfígmica en una época o en un autor determinado.
 5. Por último se trata más en pormenor la obra cuya traducción se presenta: sobre la edición (5.1), los estudios –escasos hasta la fecha– que se le han dedicado (5.2), los manuscritos (5.3), la estructura del tratado (5.4) y su contenido (5.5). En 5.7 comenta -y expone muchas de ellas- las deficiencias del texto (que sólo cuenta con la edición griega impresa de Kühn) y la necesidad, por tanto de una nueva edición.
 6. Se ocupa de la lengua y el estilo de Galeno tal como se aprecia en la observación de este tratado.
 7. Pino habla de su propia traducción, la primera de la *Sinopsis* que se hace a una lengua moderna y que presenta, además de las dificultades propias de un texto médico antiguo y de un texto técnico, las que se derivan de una edición muy deficiente

Se completa con una gran cantidad de notas, que añaden valiosa información y aclaraciones: 385 en este estudio introductorio, a las que hay que añadir 353 de la parte de la traducción.

Acompaña finalmente a la introducción una también muy amplia y bien documentada bibliografía, perfectamente organizada -como la introducción toda-, en diferentes apartados (quizás se podría objetar en algún caso que excesivamente diversificados). Asimismo se añaden -en las páginas finales del libro- tres índices: de nombres propios, de términos griegos (con su traducción en castellano) y, a la inversa, de los términos castellanos traducidos, con su forma en griego; índices que resultan de gran utilidad, incluso -en especial para los no iniciados- como léxico elemental que contiene algunos de los términos más usuales en medicina.

En cuanto a la traducción en sí, nos encontramos con una buena versión, escrita en bello y correcto castellano, que resulta clara y en general es bastante fiel, incluso literal en algunos casos (pero puliendo las expresiones griegas que podrían resultar más difíciles de entender al verterlas en nuestra lengua), aunque en otros se desvía de tal literalidad y cabría entonces quizás un ligero cambio de matices, tal como también se interpreta según el texto latino, en traducción más literal de algunos de estos pasajes. Así podemos ver, por ejemplo, en Cap. 1, en el párrafo de final de p.202 y principio de p.203 (Kühn IX 432).

La traducción va precedida de resúmenes que aclaran el contenido de cada capítulo de la obra, para facilitar la comprensión del texto, que a veces no es fácil de seguir.

En conclusión, L. M. Pino nos ofrece un excelente trabajo: la traducción de una obra con la que aún no contábamos en nuestra lengua (ni en otras modernas), así como un estudio exhaustivo con explicaciones muy interesantes sobre medicina -y también sobre filosofía- antigua, y no sólo de Galeno, sino también de sus antecesores (nos habla de los tratados hipocráticos, de Aristóteles, etc., remontándose incluso hasta Homero, como el primer autor griego en que ya se hace referencia a la medicina). Pero no se limita su información a la antigüedad, sino también a épocas posteriores, tanto en relación a médicos como a estudiosos de la historia de la medicina. Y, además de esto, se ocupa de cuestiones propiamente médicas (de contenido), sin omitir tampoco las concernientes a lengua y etimología. De modo que nos hace -acerca del tema específico de la obra traducida: el pulso- un valioso resumen de lo esencial en todos los diversos aspectos. Sólo nos cabe felicitar efusivamente a Luis Miguel Pino por esta importante contribución al estudio de Galeno y de la medicina antigua

Alicia Esteban Santos

Myrtia, nº 22, 2007

C. Ruiz Montero, *La novela griega*, Madrid, Editorial Síntesis, 2006 (237 pp.).

La Prof^a Consuelo Ruiz Montero, conocida y reconocida especialista en el campo de la novela griega, nos ofrece una sólida monografía que se inscribe con todos los honores en el género de la manualística y que, a la vez, constituye una buena actualización sobre este capítulo de la literatura griega antigua. El libro hace honor a la editorial en que se ha publicado, ya que supone una auténtica “síntesis” sobre un tema tan complejo como interesante. Realizar una síntesis sobre cualquier cuestión científica no es empresa fácil, porque requiere el concurso de la experiencia madura y especializada, de la panorámica contemplativa que sólo otorga la reflexión profunda y continuada sobre determinados aspectos, que componen una amplia visión de conjunto. En este sentido, la voz experta de C. Ruiz Montero se erige por derecho propio y nos va guiando a través de apretadas y sabias páginas por el sugestivo mundo de la novela griega, combinando perfectamente una perspectiva crítica o hermenéutica actual con un minucioso conocimiento de los textos novelescos.

El libro consiste en una pormenorizada visión diacrónica y sincrónica del género, y una puesta al día de los diferentes autores y novelas, así como de los principales problemas que plantea el origen y desarrollo de este capítulo de la literatura griega. Siguiendo las normas de la colección, la autora no cita erudición bibliográfica, pero ésta subyace en cada página, bien digerida y pasada por el tamiz del buen juicio crítico. Sus muchas lecturas se evidencian a cada paso. Las primeras páginas (pp. 11-13) están dedicadas, como introducción, precisamente a justificar la importancia y el alcance de la novela como género literario, al tiempo que sirven de declaración de intenciones, para, a continuación, delimitar (pp. 15-23) lo que es propiamente tal género *ex ovo*, quedando ya lejos aquellos inicios de Rohde, quien consideraba la novelística griega como un mero producto de la Segunda Sofística: el conocimiento de los fragmentos de novelas sitúan los primeros pasos del género bastante antes de lo que se suponía. La autora conjuga una perspectiva histórico-literaria con agudas consideraciones estéticas acerca de la situación de la novela en el marco de la literatura helena y sus funciones sociales, sin olvidar, claro está, el aspecto morfológico de las obras. En este contexto no pueden estar exentas oportunas indicaciones sobre la influencia de la retórica de la Segunda Sofística y la imbricación en la trama de la *ἐκφρασις*, recurso retórico muy apreciado por los autores del género.

Son de sumo interés las consideraciones de Ruiz Montero sobre la mentalidad de la época y sobre la atracción que posteriores períodos sintieron hacia las novelas. Se ha insistido mucho por parte de los estudiosos en el tema del

público femenino, de la relación entre la imagen de la protagonista frente a las otras mujeres y sus diferentes papeles sociales, el romanticismo, etc. Todas estas cuestiones, de enorme relevancia, son estudiadas en el capítulo 2, consagrado al análisis del contexto social de este nuevo género (pp. 25-36). Las novelas no conforman un *corpus* homogéneo ni monocorde. Ciertamente, las novelas no se basan en mitos heredados, pero no dejan, sin embargo, de obedecer a un cierto patrón, un nuevo *μῦθος* burgués con esquema muy definido: pareja de jóvenes amantes que sufren una extraña sucesión de aventuras y peripecias hasta llegar al *happy end* convencional. Es decir, se produce una diversidad en los pormenores, pero reiteración en los temas y motivos. Por todo ello han sido de gran utilidad los estudios que en los últimos años se han venido realizando acerca de la estructura de la novela griega —tema en el que la autora ha demostrado gran competencia en forma de destacadas contribuciones justamente valoradas entre el público especializado—, las técnicas compositivas y narrativas, así como los diferentes modelos literarios que influyeron en la gestación del nuevo género: épica, historiografía, drama, elegía alejandrina y leyendas locales (cap. 3, pp. 37-59).

A partir de aquí Ruiz Montero consagra los cinco siguientes capítulos a los diferentes *tipos* en que se divide la novela, según sea su principal línea argumentativa, pues es evidente que, como Ruiz Montero concluye, “no constituyen entidades completamente separadas unas de otras, sino que se interpenetran” (p. 12). Se trata, pues, de una clasificación más pedagógica que otra cosa, pero que permite que se evidencien de manera más nítida las semejanzas y diferencias entre las distintas novelas. Prácticamente en todas las obras se sigue el mismo orden analítico y didáctico: *a)* el autor y su obra, más aspectos cronológicos; *b)* resumen de la obra; *c)* la novela y el mundo real; *d)* composición y técnicas narrativas; *e)* aspectos literarios y retóricos; *f)* lengua y estilo; *g)* posteridad de la obra. Como es natural, esta estructuración de las obras estudiadas no siempre es idéntico, toda vez que en algunas de ellas hay que realizar las variaciones y precisiones que el material literario requiera. Por ejemplo, en el caso de las novelas fragmentarias siempre es importante un acercamiento a la tradición del texto, mientras que los aspectos de autoría quedan relegados a un plano inferior por tratarse de fragmentos anónimos. Así las cosas, el capítulo 4 (pp. 61-148) está dedicado a la novela de amor y se repasan los fragmentos de las obras conocidas como *Nino*, *Metioco* y *Parténope* y *Sesoncosis*, así como aquellas piezas que constituyen la flor y nata del género, la *raison d'être* de tan arduas investigaciones por parte de un buen número de estudiosos especialmente durante los últimos treinta años en forma de monografías, ensayos, disertaciones o tesis doctorales: las novelas de Caritón de Afrodiasias, Jenofonte de Éfeso, Longo, Aquiles Tacio, Jámblico y Heliodoro. El capítulo 5 se centra en el análisis de la novela cómico-paródica (pp. 149-163), donde se expone el

contenido de los fragmentos de *Yolao*, los fragmentos de las *Feniciacas* de Loliano y las dos novelas del *Asno*. El capítulo 6 (pp. 165-174) se aplica brevemente a la novela epistolar, de las colecciones de cartas y las de Quión de Heraclea. De la novela biográfica se ocupa el capítulo 7 (pp. 175-204), bajo la forma de *Vitae*: la interesantísima *Vida de Alejandro de Macedonia*, más la *Vida de Esopo* y la *Vida del filósofo Segundo*. Por último, el capítulo 8 (pp. 205-221) está dedicado a la novela como género utópico y fantástico, es decir, los *Relatos increíbles de allende Tule* de Antonio Diógenes y los *Relatos verídicos* de Luciano de Samosata. Es justo señalar que el estudio de todas estas novelas va oportunamente acompañado de pasajes traducidos, en su casi totalidad, por la propia autora.

La obra de Ruiz Montero se completa con un índice de nombres propios, en el que, lejos de limitarse a una simple lista, la autora dedica unas cuantas líneas a explicar la personalidad de cada uno de los personajes recogidos (pp. 223-227); un utilísimo glosario con aclaraciones sobre términos literarios, estilísticos o retóricos (pp. 229-232); y un cuadro cronológico donde se exponen fechas, autores y principales hechos históricos, y, en paralelo, los autores y textos de novela (pp. 233-234). Cierra el libro una bibliografía (pp. 235-237) que por imperativo de la colección tiene que ser forzosamente sumaria. No obstante, en ella el lector podrá encontrar los títulos esenciales e imprescindibles para adentrarse en el estudio del género, así como las principales traducciones españolas de que se puede disponer y algunas otras recientes en otras lenguas, pero que pueden ser un excelente complemento.

En definitiva, nos hallamos ante una monografía absolutamente recomendable para todo el que quiera introducirse en el mundo y en el género de la novela griega. La claridad expositiva y didáctica, así como la capacidad de síntesis exhibida por la autora, no desprovista en ningún momento del mérito de una presentación sutil y profunda, permiten que el lector tenga entre sus manos una obra, a la vez, instructiva y entretenida.

Esteban Calderón Dorda

***Myrtia*, n° 22, 2007**

Nonnos de Panopolis, *Les Dionysiaques*, Tome XII, Chants XXIV et XXXVI, Texte établi, traduit et commenté par Hélène Frangoulis avec la collaboration de Bernard Gerlaud, Les Belles Lettres, Paris, 2006, 171 pp.

Hélène Frangoulis and Bernard Gerlaud have produced a commentary on books 35-36 of Nonnus' *Dionysiaca*. This is an excellent edition. The two scholars have provided the reader with a learned and detailed discussion of the mythological background to the poem as well as many notes in which they explain and comment on various features of the poet's *Sprachgebrauch*. The influence of Professor Francis Vian is evident on every page of the book. The outstandingly important contribution which Vian has made to the study of Nonnus' poetry is well known to everybody, and a few of his numerous publications are listed on pages XV-XVI. I would now like to make the following observations concerning the text of the poem.

On page 13 (note 53) repetition is mentioned. For repetition in Nonnus *cf.* my *Studies In Late Greek Epic Poetry* (Amsterdam 1987), page 96.

On page 39 (note 196) Hercules is mentioned. After death Hercules married Hebe. According to Propertius, Hercules burnt with love for Hebe "on the aetherial heights" (*in aetheriis ... iugis*), i. e. on Olympus: *cf.* my *Studies In The Text Of Propertius* (Athens 2002), page 24.

On page 52 (note 1) it is stated that Nonnus "fait jeu de mots". For etymological word-games in Nonnus, *cf.* my *Studies In Late Greek Epic Poetry*, page 137, quoting Giangrande.

On page 55 (note 4) the imperfect tense is mentioned. It should be noted that Nonnus often employed the imperfect where one would expect to find the aorist: *cf.* my *New Studies In Greek Poetry* (Amsterdam 1989), page 106.

On page 56 (note 1) the authors comment on "le changement brusque de sujet". For the abrupt change of subject, *cf.* my *Studies In Late Greek Epic Poetry*, page 141, quoting Giangrande.

On page 62 (note 1) Indian pearls are mentioned. It was commonly believed that in the east the beaches were strewn with jewels and pearls which had been cast up by the sea: *cf.* my *Studies In The Text Of Propertius*, page 11.

On the same page (note 2) it is suggested that ἄστυ may be "un sing. collectif". It should be noted that ἄστυα is employed as a poetic plural at *Dion.* 13,237: *cf.* my *New Essays In Hellenistic Poetry* (Amsterdam 1985), page 54, and my *Studies In The Poetry of Nicander* (Amsterdam 1987), page 73.

On page 82 Pan is mentioned. Pan was also called Oromedon. According to Propertius, Oromedon (i. e. Pan) appeared on the hills of Phlegra and caused

panic amongst the Giants, who were routed by the Gods: *cf.* my *Studies In The Text Of Propertius*, page 98. Pan was regarded as the cause of sudden groundless (panic) terror: *cf.* Valerius Flaccus, *Arg.* 3, 46 ff. *Cf.* also *Orpheus* 21, 2000, page 176.

On page 117 it is noted that φωνήν “est souvent accompagné de deux adjectives”. For the employment of a noun with two epithets, *cf.* my *Studies In Late Greek Epic Poetry*, page 94.

On page 132 the employment of a “hapax” is mentioned. For the fact that Nonnus, like Homer, used many semantic and morphological *unica*, *cf.* *Habis* 34, 2003, page 440.

On page 140 “hypallage” is mentioned. For adjectival enallage in Nonnus, *cf.* my *Studies In Late Greek Epic Poetry*, page 96, quoting Giangrande.

On page 149 Callisto is mentioned. I have suggested that Nonnus is following that version of the myth according to which Callisto, when she had been seduced by Zeus, was turned into a bear by Hera. For the fact that Nonnus mentioned different versions of a given myth, *cf.* my *New Studies In Greek Poetry* (Amsterdam 1989), page 137 f.

Conclusion: The authors of this commentary have produced a valuable tool of research. They have an impeccable knowledge of late Greek epic poetry, and have provided the reader with a most interesting book. They should be congratulated on the impressive contribution that they have made to the study of Nonnus’ poetry.

Heather White

Myrtia, n° 22, 2007

M. von Albrecht, VERGIL. *Bucolica. Georgica. Aeneis*. Eine Einführung, Heidelberg, Universitätsverlag, 2006, 235 pp.

El profesor Michael von Albrecht ha dado a la luz una obra nueva y magistral sobre el poeta Virgilio. Se trata de una "Introducción" (Eine Einführung) a *Bucólicas, Geórgicas y Eneida*, en la que, inserto en la mejor tradición filológica alemana, ofrece un análisis profundo y exhaustivo de la obra del mantuano, así como un recorrido por la literatura que sobre dicha obra ha existido, desde los antiguos comentarios a las últimas aportaciones de los filólogos, aplicando siempre su perspicaz visión de la literatura, la experiencia acumulada y la claridad estructural.

Esta obra representa, sin duda, un hito fundamental en la bibliografía, y, desde luego, en la propia obra del autor. Detrás de este libro hay, como no podía ser de otro modo, un rico bagaje de importantes trabajos sobre literatura latina: monografías de autores como Silio Itálico (*Freiheit und Gebundenheit römischer Epic*), Cicerón (*Cicero's style: A synopsis followed by selected analytic studies*), Ovidio (*Das Buch der Verwandlungen Ovid-Interpretationen*), Lucrecio (*Lucretius in der europäischen Kultur*), etc.; ediciones como la de *Bucolica*; estudios como los dedicados a la repercusión de la literatura latina en el mundo (*Rom: Spiegel Europas. Das Fortwirken der Antike in Europa* o *Literatur als Brücke: Studien zur Rezeptions Geschichte und Komparatistik*), antologías de textos de la literatura latina desde sus orígenes a la latinidad tardía, adornados con espléndidos comentarios (*Die römische Literatur in Text und Darstellung*, en cinco volúmenes; *Römische Poesie: Texte und Interpretationen* y *Meister römischer Prosa. Von Cato bis Apuleius Interpretation*); trabajos fundamentales sobre la épica latina (*Roman Epic*); o una magnífica historia de la literatura romana (*Geschichte der römischen Literatur: von Andronicus bis Boethius: mit Berücksichtigung ihrer Bedeutung für Neuzeit*). Estos trabajos y otros muchos están, como decíamos, en la base de esta "Introducción", que representa una amplia y profunda visión de conjunto de la obra del mantuano.

El grueso del trabajo se dedica a las tres obras virgilianas (*Bucolica, Georgica* y *Aeneis*). En el prólogo ("Vorwort: Vergil lesen –heute?", pp. 3-6), el autor se pregunta –retóricamente– si en este tiempo de la "globalización" tiene cabida la poesía, y ofrece a continuación una serie de razones para leer a Virgilio. Comienza el libro propiamente dicho con unas páginas dedicadas a contemplar al autor en su época (1. "Der Autor in seiner Zeit", pp. 7-13); en apenas siete páginas se ofrecen los datos fundamentales y los distintos puntos de vista sobre la vida del poeta y las circunstancias sociales y políticas en que surge su obra; la

personalidad de Virgilio, la repercusión en su época, la datación de las obras, etc., todo ello refrendado por una cuidada selección bibliográfica. Esta selección bibliográfica volverá a aparecer en los restantes apartados, completada siempre con la referida en las notas a pie de página.

Los apartados 2, 3 y 4 se dedican a *Bucolica* (pp. 14-64), *Georgica* (pp. 65-106) y *Aeneis* (pp. 107-196). En cada uno de ellos se mantiene el mismo esquema:

Comienzan con una panorámica de la obra (1. "Werkübersicht"), en la que se analizan y comentan sucesivamente, atendiendo a la forma y al contenido, cada una de las Bucólicas, o cada uno de los libros de *Geórgicas* y *Eneida* respectivamente; al final de cada análisis se presenta a modo de recapitulación (Rückblick) un resumen de la estructura y se plantean cuestiones que han sido y son objeto de discusión (preguntas que surgen de la lectura, problemas de interpretación, etc.).

Después de esta primera parte, el autor dedica unas páginas a diferentes aspectos significativos de la obra: género y antecedentes (2. "Gattung und Vorgänger"), técnica literaria (3. "Literarische Technik"), lengua y estilo (4. "Sprache und Stil"), teórica literaria (5. "Literaturtheoretisches"), universo conceptual (6. "Gedankenwelt"), transmisión (7. "Überlieferung") y pervivencia (8. "Fortwirken"), precedida esta última por una elocuente relación de "citas" de importantes autores, muchas de las cuales podríamos calificar de *dicta aurea*.

Tras el auténtico grueso de la obra siguen los apartados 5, el epílogo ("Nachwort", pp. 197-199); 6, un apéndice ("Anhang", p. 200), dedicado a ofrecer una breve referencia bibliográfica sobre la *Appendix vergiliana*; 7, la Bibliografía ("Zitierte Literatur", pp. 201-218), que incluye ediciones, comentarios, traducciones, en cada una de las obras, sin olvidar *Appendix Vergiliana* y *Vitae vergilianae antiquae*; Léxicos y Diccionarios, Bibliografías y, por último, la relación de monografías citadas, que constituye lógicamente la parte más extensa (pp. 202-208). Un ilustrativo Índice de nombres y cosas ("Register. Namen und Sachen in Auswahl") aparece como último apartado, el 8, que cierra este trabajo.

Es difícil reseñar un trabajo como este, pues requeriría una glosa perpetua. Es un libro para disfrutar y aprender, de lo antiguo y de lo nuevo, pero, sobre todo, de la mirada personal del profesor von Albrecht. Destacan como virtudes, la *brevitas* y, a la vez, la riqueza de contenido; la clara estructura que mantiene; la orientación bibliográfica en la selección de títulos que preceden a cada uno de los apartados; y la riquísima bibliografía que está presente en cada página y que luego se recoge al final. Todo ello es una garantía para profesores y alumnos y para personas cultas interesadas; el libro constituye un punto de

referencia de valor encomiable, en el que el autor ejemplifica de forma magistral la máxima horaciana "*utile et dulce*".

Elena Gallego Moya

Myrtia, n° 22, 2007

M. Valerii Martialis *Liber Spectaculorum*, Edited with Introduction, Translation and Commentary by Kathleen M. Coleman, Oxford 2006, 322 pp.

Kathleen Coleman has produced a monograph on Martial's *Liber Spectaculorum*. In the introduction she provides the reader with a general survey of the contents of the book and the historical background of the period. She devotes her attention chiefly to *Realien* (e. g. from the representation of the rhinoceros, page 101 ff., to details concerning the amphitheatre, page LXV ff., quoting Daremberg-Saglio, etc.) and to Greek and Latin sources. The Latin text is then printed together with a translation and detailed commentary. The history of the text is also discussed and the early editions are described: cf. page XXI ff. I would now like to make the following observations, which I hope will be of interest to the reader.

On page XXXIX the Garlands of Meleager and Philip are mentioned. Propertius refers to the Garland of Philip at 4, 6, 3: *cera Philippeis certet Romana corymbis* ("let Roman writing vie with Philip's Garland"): cf. my *Studies in the Text of Propertius* (Athens 2002), page 152.

The Garlands of Meleager and Philip were arranged according to alphabetical order: cf. *Habis* 31 (2000), page 535 and *Sic. Gymn.* 54 (2001), page 223 f.

On page 45 C. comments on the words *qui prima bibit deprensi flumina Nili*. I would like to suggest that Martial is referring to those who drink the "excellent (*prima*) water (*flumina*) of the captured Nile (*deprensi... Nili*)". Note that the Nile is personified: cf. my *Studies*, page 34. Cf. Lewis And Short, *A Latin Dictionary*, s. v. *primus* II, B: "First in rank or station, chief, principal, most excellent". C. points out on page 269 that in the fourth century the source of the Nile was still regarded as an unsolved mystery.

On page 47 C. mentions the territory of the Nabataeans. Propertius refers to the Nabataeans at 4, 5, 21: *si te Eoa iuvat Nabatharumque aurea ripa*: cf. my *Studies*, page 148.

On page 66 C. discusses the epithet *Dictaeus*. According to one version of the myth, Zeus was born on Mount Dicte in Crete: cf. *Flor. Iliberritana*, 13 (2002), page 246. According to another version of the myth, Zeus was born at Mount Ida in the Troad: cf. my *Studies*, page 84. Thus Idaean Simois is said to be the "cradle of baby Jove" (*Iovis cunabula parvi*).

On page 80 C. mentions Heinsius. I have recently pointed out that Heinsius used manuscripts in order to correct the text of Propertius: cf. my *Studies*, page 166 (note 1).

On page 90 C. quotes Valerius Flaccus I 8-9. In this passage the poet addresses Vespasian and states that he will have greater fame after his ships have sailed on the Caledonian Ocean. The poet means that Vespasian is going to conquer Scotland.

On page 122 C. quotes Propertius 2, 19, 23-4. I have argued that the correct reading in this passage is *stricto*. Propertius is alluding to the fact that Hercules shot Periclymenus, when he had turned himself into an eagle. Propertius states that he hopes to hunt hares and to transfix (*figere*) a bird (*avem*) with an arrow drawn from his quiver (*stricto... calamo*).

On page 144 C. comments on the words *primus in Arctoi qui fuit arce poli*. I would like to point out that the transmitted text makes perfect sense. Martial states that the bear is without peer (*primus*) on the peaks (*arce*) of the North pole (*Arctoi... poli*). The poet is referring to the mountains of that region. Cf. Lewis And Short, *op. cit.*, s.v. *arx* II: "Since castles were generally on a height, meton. a height, summit, pinnacle, top, peak". Note the use of the poetic singular: *arce* = "peaks": cf. my *Studies*, page 141.

On page 154 C. refers to Hercules and his death on Mount Oeta. Hercules was deified and became the husband of Hebe on Mount Olympus. Thus at I, 13, 24 Propertius states that Hercules burnt with love for Hebe on the ethereal heights (*in aetheriis iugis*), i.e. on Olympus: cf. my *Studies*, page 24.

On page 168 C. notes that the reading *ardore* "is printed in some of the early humanistic editions". For the fact that the early editions often preserved the correct text cf. *Habis* 33 (2002), page 130.

On page 189 C. comments on the words *Norica... venabula*. Propertius refers to *Noricum* at 4, 3, 8 (*Noricus hostis*): cf. my *Studies*, page 134.

On page 220 C. comments on *esset et*, and states that "the inversion of particles is a Hellenistic mannerism that enters Latin poetry with the Neoterics". For the postponement of monosyllabic particles and words cf. my *New Essays In Hellenistic Poetry* (Amsterdam 1985), page 51 (note 23).

On page 248 C. comments on the words *numen habet Caesar* ("Caesar has power"). At Ovid, *Met.* I, 544 ff. Daphne asks her father for help. She addresses him as follows: *Si flumina, numen habetis* ("If you are a river, you have power"). Daphne means that since her father was a river-god, he could do whatever he wanted.

On page 249 C. prints epigram 34. In line 11 the reading *tigri* makes good sense. Martial refers to lake Fucinus and the pool (*stagna*) for the tiger (*tigri*) of Nero. For Nero and tigers cf. page 161. Cf. also Lewis And Short, *op. cit.*, s.v. *tigris* (1): "... abl. *tigri*".

On page 255 C. refers to Triton. At Propertius 2, 32, 16 Triton means "the sea". The water of the Anio is said to vanish into the mouth of the sea: cf. my *Studies*, page 72.

Conclusión. This is a very learned commentary. The author has an excellent knowledge of Martial's poetry and has written a very interesting book. She has made skilful use of the unmatched bibliographical information offered to her by the fabulous research libraries existing in Germany (cf. the preface). Kathleen Coleman should be congratulated on the production of a useful tool of research.

There remains, of course, much to be said about the text of Martial's, as I have tried to show, together with Prof. G. Giangrande, in my forthcoming article "Notes on The Poetry of Martial".

Heather White

***Myrtia*, nº 22, 2007**

Manuel C. Díaz y Díaz, *Valerio del Bierzo. Su persona. Su obra*, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, Col. Fuentes y Estudios de Historia leonesa, León, 2006.

Cuando se publica una obra como la que aquí se presenta, resulta una satisfacción leerla y comentarla, porque el lector se da cuenta inmediatamente de que tiene en las manos un trabajo riguroso, intenso, elaborado cuidadosamente y personal, muy personal, y de profunda sabiduría, erudito y bien documentado, pero sin vana erudición, y se da cuenta, además, de que es un trabajo llamado a convertirse en una obra de referencia, ya que hacía tiempo que se necesitaba un estudio en profundidad sobre la persona, el contexto cultural y la obra de Valerio del Bierzo y una edición crítica solvente de la misma, que permitiera establecer un texto fiable y definitivo.

El prof. Díaz y Díaz ha pasado muchos años, yo diría que casi toda su fructífera carrera académica, acercándose a Valerio una y otra vez, pero aplazando también una y otra vez la edición definitiva de las obras de este autor. Era una deuda contraída consigo mismo y con personas queridísimas para él, sobre todo con su esposa y con su amigo Dekkers. A la memoria de una y otro ha dedicado este libro, pero la espera nos ha merecido la pena a todos, porque podemos disfrutar de una obra espléndida.

Dentro de la interesantísima producción literaria hagiográfica de la *Hispania* de época visigoda, con obras tan conocidas como la *Vita Sancti Aemiliani* de Braulio de Zaragoza, la *Vita Desiderii* del rey Sisebuto o la anónima *Vitas Sanctorum patrum Emeretensium*, los escritos de Valerio del Bierzo ocupan una peculiar posición, tanto por sus características autobiográficas, en claro contraste con las otras obras mencionadas, como por la singular personalidad de su autor.

Es muy probable que, como han puesto de relieve diversos estudiosos, la llamada “Compilación hagiográfica” de Valerio sea su obra más trascendental, desde el punto de vista de la historia cultural y literaria de la época. Se trata, en efecto, de la primera compilación hagiográfica en sentido estricto del Occidente tardoantiguo, aunque en ella se incluyen obras de carácter moralizante y dogmático que no son propiamente obras hagiográficas, como *De monachorum penitentia* o la homilía *De monachis perfectis*. Las *Vitae* incluidas en la compilación son muy variadas, así la *Vita Ambrosii*, la *Vita Augustini* u otras como las *Vitae Paulini*, *Malci*, *Frontonis*, *Pelagie*. La pieza más extensa y seguramente la más interesante es la *Vita Fructuosi*, cuyo protagonista es otro de los importantes escritores de la época: Fructuoso de Braga.

Hace ya más de medio siglo, el Prof. Díaz y Díaz publicó un conocido estudio sobre esta obra: “La Compilación hagiográfica de Valerio del Bierzo” en *Hispania Sacra* (7.1, 1951, pp. 3-25), en el que señalaba que dicha compilación poseía una personalidad propia, ya que al lado de las obras recopiladas por el autor, se incluían algunas propias, no tanto por ser suyas, como por la finalidad educadora y ascética de las mismas, parejas a las de la propia colección. Señalaba también que la cantidad de textos manejados por Valerio sirven de reflejo de la cultura y formación literaria del autor.

Pero son sus creaciones personales las que ofrecen un especial interés desde el punto de vista literario, y cuya edición crítica y traducción constituyen el objetivo fundamental, pero no único, del excelente trabajo que el Prof. Díaz y Díaz ha realizado en esta obra.

Dentro del conjunto de obras de Valerio del Bierzo, las consideradas hagiográficas producen, como ya he señalado en otro lugar, una sensación de contradicción al haber adoptado el autor el formato literario del género hagiográfico para expresar, en realidad, su propia experiencia vital, siendo, en este sentido, obras que podríamos calificar de experimentales; y producen, sobre todo, desasosiego, porque dejan traslucir una vida atormentada, una permanente impresión de insatisfacción y quebranto y, casi, una huida hacia delante en las decisiones que toma.

A pesar de las circunstancias personales, las obras de Valerio en su conjunto, ya sean las redactadas en prosa, ya sean los poemas, son sorprendentes tanto por su valor creativo y originalidad, por su vena literaria, aunque se deje llevar las más de las veces del exceso verbal y ofrezca un recargado estilo. Pero no pueden negarse ni su calidad ni el interés que suscitan, parejo al que despierta el propio autor.

Este monje bergidense ha sido objeto de interés amplio ya desde la Edad Media y han sido diversas las menciones en autores desde Ambrosio de Morales y otros eruditos e historiadores de la cultura y la literatura. Sin embargo, no son muy numerosos los estudios a él dedicados y, sobre todo, su compleja obra se ha resistido durante muchas décadas a ser objeto de una edición crítica rigurosa, que contemplase tanto el estudio de la transmisión manuscrita como la fijación de las obras genuinas, frente a atribuciones espurias, la posible ordenación cronológica de las mismas y la fijación de un texto de referencia.

Y esto es lo que ha conseguido Díaz y Díaz en su trabajo.

La obra se estructura en una introducción y una edición crítica con traducción de todas las obras del autor. Pero presenta unas primeras palabras “por vía de prólogo”, personales, donde explica su trabajo y las circunstancias que le llevaron hace más de cincuenta años a iniciarse en los estudios de Valerio del Bierzo, sobre cuya lengua realizó su Tesis Doctoral. Estas palabras comienzan así

“Hace más de medio siglo que la edición de Valerio figura entre mis papeles pendientes de una puesta a punto final”. Más adelante añade: “Tras tantos años, y antes de que me falte tiempo para ello, me resuelvo a presentar esta edición de mi querido Valerio del Bierzo, muchas de cuyas huellas y recuerdos tuve la suerte de seguir, por los vericuetos y riscos de Aguiar y las escarpadas riberas del Boeza”.

Después del prólogo y una relación de selecta bibliografía, da paso a la Introducción. En ella se establecen cuatro grandes apartados: “La figura de Valerio”, con una exposición fluida, rica y atractiva de la vida del monje, de su entorno cultural y de su formación literaria. El segundo apartado es el de “Valerio y su obra en la erudición moderna y contemporánea”. Un breve pero utilísimo capítulo sobre los principales estudiosos, fundamentalmente a partir de Ambrosio de Morales hasta la actualidad.

El tercer apartado es el de “La producción literaria de Valerio”, con un estudio individualizado de todas las obras del autor, incluido el enjuiciamiento sobre su famosa “Compilación hagiográfica”, ya que, aunque no sea una obra de creación propia sí tiene mucho de original en cuanto a la selección de obras -no todas hagiográficas, pues algunas son didácticas y moralizantes-, realizada con una intención didáctica y edificante para los monjes del Bierzo y encabezada y finalizada con dos poemas personales, denominados *epitameron* y que tienen la peculiaridad de ser teleacrósticos.

Uno de los aspectos más interesantes del análisis de conjunto de las obras es la presentación de las mismas por orden cronológico. Apuesta el autor por establecer a título de hipótesis el orden en que Valerio pudo componer sus obras, a veces pequeños conjuntos de obras, la mayoría realizadas seguramente en la última etapa de su vida. Así presenta los siguientes capítulos: 1. El tratado *de uana seculi sapientia*. 2. El escrito saltérico, *de primo quiquageno numero psalmodum*, precedido de un poema teleacróstico, de los que tanto gustaba Valerio, con los lemas *VALERI EDITIO*, según ha presentado ahora Díaz y Díaz en la edición. 3. Las tres narraciones del más allá (las dos denominadas y agrupadas como *Dicta beati Valeri ad beatum Donadeum scripta* y una tercera titulada *de caelesti reuelatione*). 4. La compilación hagiográfica con el epitámeron inicial y el final ya citados. 5. La *epistola beatissime Egeriae laude*, escrita por el autor a la vista de un manuscrito del famoso *Itinerarium Egeriae*. 6. Las narraciones autobiográficas y sus complementos. Tres obras narrativas y autobiográficas, las de género hagiográfico a las que ya he aludido, conocidas como: *Ordo Querimoniae*, *Replicatio (sermonum a prima conuersione)*; y *(Quod de superioribus Querimoniis) Residuum*. Van precedidas de un primer epitámeron y de otro entre la primera y la segunda, a modo de poema de transición. 7. El libro de los monjes (*De genere monachorum*). 8. El conjunto didáctico de poemas alfabéticos y aliterantes. Varios poemas que constituyen un conjunto unitario

titulado *epitameron de quibusdam admonitionibus uel rogationibus*, que conforman, en palabras de Díaz y Díaz (p. 117), “una especie de *speculum* universal, como comenzarán a elaborarse, con destinos bien diferentes, desde el final de la época visigótica”. Y, por último, 9. Dos poemas finales. Díaz y Díaz quiere separarlos de los textos anteriores por sus especiales características. Uno, un poema “netamente oracional, dirigido como súplica definitiva y permanente a la Santísima Trinidad, que es un epitámeron que cierra la colección de éstos, con un significativo y expresivo teleacróstico, *Valerius Deum /misellus orat*, y un segundo poema de 25 versos titulado *Conuersio deprecationis ad sanctos apostolos*, compuesto en P, dedicado a los apóstoles Pedro y Pablo y que constituye “una súplica de protección, y una especie de promesa de fidelidad a la vida monástica”, de tonos emotivos en diversas ocasiones.

Concluye el análisis de las obras con una mención a las pérdidas y a las espurias.

El apartado siguiente es un estudio hecho con precisión y *acribia* sobre la tradición manuscrita de las obras, dando una lección, como siempre y como pocos saben hacerlo como él, de las implicaciones existentes entre la transmisión del texto y la historia interna de los manuscritos en los que se ha conservado.

A continuación se justifican la edición y la traducción presentadas y se da paso a la parte fundamental del libro, dicha edición crítica y a su lado la traducción anotada.

Díaz y Díaz ha obrado con flexibilidad ante las variantes manuscritas, pero con rigor. Ha prescindido de ofrecer un abultado aparato crítico, obviando a veces lecturas de editores anteriores y las meras variantes ortográficas, para centrarse en las verdaderamente significativas e importantes y ha ofrecido, en definitiva, un texto inteligible, respetuoso con lo que debió ser la propia redacción y escritura del autor, no siempre coherente él mismo y con hábitos gráficos “quizá mas irregulares de lo que queríamos figurarnos” (p. 163).

La traducción es francamente de una calidad exquisita, sin aquí querer ser ni parecer hiperbólica en los elogios. Pero considero que hay que destacar su claridad y el logro de permitir una lectura en castellano fluida de un autor tan abigarrado, de expresión difícil en muchos pasajes, con una clara tendencia al lenguaje figurado y a expresiones sintácticas entrecortadas y con anacolutos. Pero no se piense el lector de este comentario que estamos ante una traducción que pasa sobre ascuas por los problemas de interpretación o que, en pos de esa fluidez, ha enmascarado el estilo personal de Valerio. Su riqueza léxica y sus características de estilo están cumplidamente recreadas en la traducción, una recreación literaria del original que no siempre es posible rescatar en las obras de traducciones.

El libro se completa con unos útiles índices que sirven para “redondear” plenamente el trabajo: índice de manuscritos, de autores, de nombres y un atento y cuidadoso *index uerborum*.

No me resta más por añadir a esta reseña que esta obra de referencia, como la he calificado al principio, producto de la sabiduría y la inteligencia de su autor, pero también de su profundo enamoramiento por el tema y la obra del bergidense, es una delicia en su lectura y nos acerca a un personaje tan duro y conflictivo y de personalidad tan compleja y atormentada como Valerio del Bierzo. Es un libro definitivo, salido de la pluma del Prof. Díaz y Díaz, al que sólo nos cabe pedirle que continúe con otros estudios tan brillantes y tan magistrales como éste.

Isabel Velázquez

Myrtia, nº 22, 2007

E. Montero Cartelle / A. Alonso Guardo: *Los 'Libros de suertes' medievales: 'las Sortes Sanctorum' y los 'Prenostica Socratis Basilei'*. Estudio, traducción y edición crítica. Madrid 2004. 303 pp. CSIC. Colección Nueva Roma - 21. ISBN: 8400082168.

Los dos textos medievales latinos que ahora se publican son buenos ejemplos de “manuales” o guías para supersticiosos. Realmente no sé por que se editan en un solo volumen, ya que las ediciones se deben a dos autores y obras diferentes, que nada tienen en común salvo que en ambos libros el hilo conductor es “el azar” quien dicta el futuro del inquiriente, o al menos, si no su futuro personal vital, sí el futuro coyuntural de su demanda.

Vaya por delante mi felicitación a ambos autores por sacar a la luz, y poner en español, estos dos textos “post-clásicos” (así hay que entenderlos pues se editan en la colección Nueva Roma, *Bibliotheca Graeca et Latina Aevi Posterioris*), que sin duda contribuirán mucho al estudio de la mentalidad religio-supersticiosa (alto)medieval, como evidencia el primero de los libros, las *Sortes Sanctorum*, en cuyo mismo título se anclan deliberadamente las prácticas adivinatorias y la Iglesia, pues los santos alimentan la fe de los creyentes. También hunde sus raíces en la antigüedad el segundo de los libros, con esa titulación socrática, tan curiosa. Este último libro ha llegado en varias versiones de dos lenguas: la árabe y la cristiana (vid. pp. 115-117), lo que nos lleva a pensar que, en el ámbito de las supersticiones y de las creencias populares, los cristianos y los musulmanes de la Hispania medieval coincidían en estas prácticas en algo: situarse en los márgenes de sus propias religiones, de sus propios credos canónicos, para abandonarse —jugando, o no— al albur de las *sortes*, esa magia a la que confiaban sus almas.

Estos libros se suman al conocimiento de esas mentalidades sub-religiosas o para-religiosas medievales, junto a grandes clásicos de la materia más famosos, como el libro llamado *Picatrix*¹, de tradición árabe, y, en la tradición judía, la *cábala*² y el *Zohar*.

¹ Libro que puede leerse en español en la edición de Marcelino Villegas: *Abul-Cassim Muslama ben Ahmad: Picatrix, el fin del sabio y el mejor de los dos medios para avanzar*, Madrid, Editora Nacional, 1982. La obra, de contenido mágico-supersticioso, dice beber de autores clásicos como Empédocles, Sócrates, Pitágoras, Platón (o Plotino), Aristóteles, Ptolomeo (el astrólogo), Zósimo de Panópolis (el alquímico), y Doroteo.

² Sobre la sagrada *Qabbalah* (“Recepción”) que vertebra el misticismo judío desde el siglo XII, basándose en la invocación de los nombres de dios, sus equivalentes numéricos y las combinaciones teosóficas de sus (casi) infinitas probabilidades de unión, remito a

Pero centrémonos en estos dos libros, que comento por separado.

A) LAS SORTES SANCTORUM

La edición, el estudio crítico y la edición corren a cargo del profesor Enrique Montero Cartelle.

Las *Sortes Sanctorum* medievales –los textos y la propia técnica– hunden sus raíces en la Antigüedad clásica, donde recibía el nombre genérico de cleromancia (κλερομαντεία, μαντική διὰ κληρῶν) o *sortitio*, *sortes*, *sortilegium*. Es un método de adivinación experimental que consiste en que la voluntad divina se exprese mediante la tirada al azar de “un agente o soporte revelador”, fichas, tabletas, huesos, dados, etc. Una variante avanzada de estos “soportes” era (en la Antigüedad y en la Edad Media) abrir un libro sagrado al azar por una página, por un pasaje, que, debidamente interpretado, responde a la pregunta del demandante. Naturalmente la divinidad habla mejor (o solamente) mediante el azar buscado en libros revelados. Los romanos empleaban en esta técnica chresmológica los *libri fatales* redactados por los *quindecimviri sacris faciundis*³, que tienen continuidad —aunque tardía y manipulada— en los *Oráculos Sibilinos* judíos. En estas obras, y en la técnica adivinatoria, se mezcla lo religioso pagano con lo religioso cristiano. Ejemplos magníficos de esta idea son, precisamente, la manipulación profética y apocalíptica que se hace de la historia romana y de sus emperadores en *Orac. Syb.*, o el uso religioso que se hizo en la Antigüedad tardía de la *Eneida* de Virgilio, que para los cristianos era un libro revelado⁴, y Virgilio, de hecho, un profeta cristiano, merced a una

dos libros antiguos, pero imprescindibles: el de E.A. White, *The Holy Kabbalah. A Study of the Secret Tradition in Israel*, Londres, 1924, reeditado en 1986, y el de G. Scholem, *On the Kabbalah and Its Symbolism*, Nueva York, 1965. Un trabajo muy nuevo (M. Idel, “Qabbalah”, en L. Jones (ed.), *Encyclopedia of Religion*, Second Edition, Nueva York, 2005, vol. 11, pp. 7533-39) me exime de dar más referencias bibliográficas especializadas, que no vendrían a cuento; ahí, de todos modos, se explican muy bien aspectos tan interesantes para la religiosidad supersticiosa altomedieval, como la teosofía cabalística, la teúrgia, las técnicas mágicas de la Cábala, la “Cábala cristiana”, la escatología, etc.

³ Sobre las sortes y los oráculos en época romana es fundamental: J. Champeaux, “Sors oraculi: les oracles en Italie sous la République et l'Empire”, *MEFRA*, 102, 1990, pp. 271-302.

⁴ Sobre las *Sortes Vergilianae* como precedentes de las *Sortes Sanctorum*, ver pp. 16-17. Para la confluencia de las *Sortes Vergilianae* y los oráculos sibilinos, cfr. S. Perea Yébenes / C. Cerdá Mondéjar, “Hadriano, Itálica y las *Sortes Vergilianae* de HA, *Hadr.* II, 8-9”, *Actas del 2º Congreso Internacional de Historia Antigua, "La Hispania de los*

interpretación equivocada del pronóstico de la Égloga IV donde se habla del nacimiento prodigioso de un niño que inaugura una Edad de Oro. El tema es bien conocido.

La palabra de Dios es, para los judíos y cristianos, la Biblia (cada uno la *suya*), y Los Libros son el fundamento teológico de las *sortes* cristianas. Pero como muy bien apunta Montero Cartelle (p. 19) las *Sortes Sanctorum*, aún teniendo estos fundamentos y estos precedentes, guardan distancia, y aún independencia, de los textos sagrados, dándole un aspecto “laico”. No se insiste suficientemente, creo yo, en esta contradicción: la laicidad y la esperanza de la bondad divina expresada mediante el azar en las *sortes* o *brevia*. ¿Laicidad es sinónimo de una especie de *paganismo* medieval? ¿O se trata, como parece, de técnicas paganas que usan manuales de textos no revelados?

Reveladas o no, la Iglesia toleró estas prácticas, más paganas que cristianas, o más personales que eclesiásticas, aduciendo precisamente que admitía la posibilidad aleatoria y caprichosa de que Dios pudiera manifestarse a alguien a “título privado”. Pero la Iglesia como *institución divina* no podía admitir el ritual del sortilegio, y la teología cristiana chocaba frontalmente con “una concepción mecánica de la revelación divina” (p. 31). Los intentos de “liturgizar” estos textos fracasaron —cfr. el *Decretum Gelasianum*, que a finales del siglo V se muestra favorable al uso de un *Liber qui appellatur Sortes Sanctorum*—, pero parece que hicieron la vista gorda, un ambiguo *laissez faire laissez passer* que toleraba bajo cuerda la *apertio* de los libros bíblicos para hacer pronósticos.

El autor dedica unas interesantes páginas (20-23) a las clases de *Sortes Sanctorum*, a su datación (siglos V - X d.C.). Habla de “colecciones dirigidas”, es decir, aquellas “en que las preguntas no son libres, sino que tienen que acomodarse a unas cuestiones previas expresamente formuladas a partir de las cuales se llega a la respuesta mediante algún sistema en el que interviene el azar” (p. 20). Ejemplo son las *Sortes Sangallenses*, que toma nombre de un códice palimpsesto encontrado en el monasterio de Saint Gall, con caligrafía del VI o VII, o el *Codex Bezae* (pp. 21-23). Se ha buscado el precedente “clásico” de esta técnica en las llamadas *Sortes Astrampsychi* (p. 21). Astrampsyco es un mago del siglo II-III d.C., que usurpa el nombre de otro mago de época de Alejandro

Antoninos”, Valladolid, 2005, pp. 385-393. Montero Cartelle, p. 31, reconoce cierta influencia de una versión latina de los Oráculos Sibílicos con una *Sortes Italicae* publicadas en su día por Mommsen en CIL I², 2.1, n° 2173-89, halladas cerca de Padua. Se trata de 17 *responsa oraculares* escritos en tablillas de bronce, con agujeros para ser atados con cintas.

Magno⁵; se le atribuyen sendos tratados de geomancia, oráculos y hechizos de amor, un tratado de oneiromancia, del que se conservan 101 versos, y un sistema propio de *sortes* adivinatorias que llevan su nombre⁶.

Otro tipo de colecciones de *sortes* son las llamadas “libres” o de “respuestas libres” (pp. 23-26), cuyo funcionamiento explica muy bien Montero Cartelle: «Las respuestas... vienen introducidas con tres números romanos, pero con la peculiaridad de añadirse en la mayoría de las respuestas antes de los números romanos una letra, por lo que suponemos que esas letras se han perdido, cuando no figuran en la respuesta correspondiente. Su significado parece que debe ponerse en relación con un sorteo precedente que indicaba si el momento (del mes o de la semana, por ejemplo) era oportuno para la consulta, como se ve en las suertes griegas de Asia Menor, en las *Sortes Astrampsychi*. Estas *sortes* presentan además otra peculiaridad que les da personalidad propia: después de cada grupo de respuestas y en una proporción variable, que es de cinco respuestas al inicio hasta de una al final, se intercalara una serie de indicaciones, a veces muy prolijas, introducidas por otra letra distinta de la que acompaña a cada respuesta, que explican el sentido de las respuestas a las que se refieren según el tipo de persona sobre la que se pregunta (clérigo, laico, noble, mujer preñada, etc.) o el tema sobre el que se pregunta (salud, muerte, libertad, robo, etc.). Estas explicaciones son bastantes reiterativas, aunque con variaciones. Estamos, pues (sc. *Sortes Sanctorum*), dentro de un tipo de *Sortes* relativamente libre, con características de sorteo peculiares. Por otro lado la banalidad de las respuestas y la falta de un repertorio de preguntas, a pesar de las explicaciones a las respuestas, que tienen que responder a todo tipo de cuestiones, hacen muy difícil cualquier valoración sobre el uso social de estas suertes» (p. 24). Técnica similar, y características particulares de las *Sortes Sanctorum*, están muy bien desarrolladas en las páginas siguientes (26-28).

La siguiente sección del libro es estrictamente codicológica (pp. 39-58). Se da cuenta de los principales manuscritos que han transmitido el texto, conservados en Madrid, Berlín, Colonia (2 copias, una de ellas luego en Malibú, California), Oxford, Venecia, París, Londres, Viena. Sigue, en pp. 70-95 el texto

⁵ De este personaje habla Diógenes Laercio, pr. I, 2; y el léxico *Suda*, voz “Astrampsychos”, donde se afirma que escribió un tratado de medicina veterinaria y otro sobre la interpretación de los sueños.

⁶ A las referencias dadas por Montero Cartelle en p. 21 sobre las *Sortes Astrampsychi*, añadir los trabajos fundamentales de G.M. Browne, “The Composition of the *Sortes Astrampsychi*”, *BICS* 17, 1970, pp. 95-100”; Id., *The Papiri of the Sortes Astrampsychi*, Meisemheim, 1974; Id., “The Origin and Date of the *Sortes Astrampsychi*”, *BICS* 1, 1976, pp. 53-58.

latino y español, en páginas enfrentadas, con pies relativos a las variantes de la transmisión textual en la página latina, y notas explicativas, más cortas siempre, en las páginas de la traducción.

Finaliza la obra con un Apéndice con el texto latino (pp. 97-101) de las llamadas *Sortes Apostolorum*, de las que el autor había hablado antes, y que son alteración o variantes parciales de las *Sortes Sanctorum*, editadas antes. Las *Sortes Apostolorum* se conservan en el manuscrito *Palatinus* 2155, fol. 54a-56a de la Biblioteca Nacional Austríaca en Viena.

Leídos con curiosidad y atención estos textos, por primera vez alumbrados en español, se ve que nada tienen que ver con la magia, y casi me atrevo a decir que ni siquiera con una superstición pura (amulética). Se trata más bien –a mi juicio– de consejos morales conductivos (relativos a la conducta), conducidos o inducidos por el *sortilegus* o echador-intérprete de las suertes. Hay, sobre todo, consejos morales o religiosos, prescripciones sobre la necesidad del ayuno, abstinencias varias, o simples indicaciones (simples y sencillas) para una recta preparación intelectual. Parece que la pregunta o inquietud del fiel que preguntaba carecía de importancia. Quedase o no satisfecho por el resultado de las *sortes*, la persona se iba con toda seguridad con un puñado de consejos en el que prevalecía la admonición de que debía afianzar su fe en Dios, e invitaciones reiteradas al rezo. Si, tal como parece, el echado de las suertes se hacía dentro de la iglesia (p. 29), vemos que el libro de *sortes* se convertía de hecho en un manual para que los que creían más en el azar que en Dios, volvieran al camino recto. En suma, se trata de un instrumento más de los clérigos para ganarse a los ignorantes, conquistar su fe y beneficiarse con algunas monedas, aunque es verdad que nada se habla aquí de las remuneraciones tras las consultas. Ante el dilema de aceptar una técnica adivinatoria pagana antigua y los resultados de la misma, la Iglesia optó por lo segundo, que era a todas luces más rentable. Y a ese “paganismo” antiguo se le daba un barniz de piedad y de religiosidad citando aleatoriamente el nombre o la gloria de Dios. Los santos no aparecen con nombre propio, ni siquiera genéricamente. Creo que muy bien podría entenderse este libro de “Suertes de los Santos” como una “Guía para alcanzar la santidad”, o al menos la virtud cristiana en este mundo.

B) LOS *PRENOSTICA SOCRATIS BASILEIS*

La otra casa del adosado es el estudio, traducción y edición crítica de los *Prenostica Socratis basilei* (*Los pronósticos del rey Sócrates*), de la mano de Alberto Alonso Guardo.

Han llegado hasta nosotros diecisiete manuscritos de esta obra, uno de ellos español, conservado en el Archivo Histórico Español, clasificado con la

signatura “Inquisición”, legajo 97, nº 16, bajo el título “Cuadernos de apuntes curiosos sobre astrología”, con letra y cronología del siglo XVI (p. 107 y 134). Desconocemos a su autor. La fecha de los manuscritos (que no necesariamente de la obra original) va desde la primera mitad del siglo XII hasta el finales del XVI o comienzos del XVII. (Sobre la tradición textual, pp. 125-145 y tabla de p. 151).

La atribución a Sócrates en el título es simplemente una mención “de autoridad”. Sócrates es paradigma del sabio griego, como lo es también Pitágoras o Demócrito. De todos modos, creo que en este y otros textos similares –de contenido parecido, e igualmente compendios– los sustantivos *basileis* y *rex* no deben tomarse en su literalidad, es decir, con el significado de rey, sino “el primero” o “el jefe” en la disciplina. El *topos* puede tener origen en el rey Salomón, figura antonomásica de rey-mago, cuya *fama* permaneció en este sentido a lo largo de toda la Antigüedad tardía y la Edad Media, como ha estudiado muy bien Pablo Torijano en su libro *Solomon the Esoteric King. From King to Magus, Development of a Tradition*, Leiden, Brill, 2002. Cabe recordar también que uno de los más famosos lapidarios griegos, donde se describen las propiedades amuléticas y mágicas de muchas piedras semipreciosas, lleva en su título el nombre de Sócrates⁷. Si es que no se trata de una usurpación del nombre del filósofo griego, quizás haya que pensar que se trata de un homónimo paradoxógrafo citado por Ateneo (VI, 39) como autoridad en montañas, lugares, volcanes y piedras, de las que describe sus propiedades maravillosas. No en vano en *Los pronósticos* juegan un papel esencial los accidentes naturales, los animales, las plantas y las piedras. Pero la alusión a Sócrates puede deberse a algo más pedestre, como el simple hecho de que su figura reconocible aparezca dibujada en los manuscritos coordinando o seleccionando, por así decirlo, el número-clave del pronóstico (ver p. 112 del libro, y este comentario más abajo), en el sentido de que la elección del número-clave por un sabio (en realidad por el azar) no puede ser discutida.

Este libro se ha conservado en dos versiones distintas, una latina y otra árabe, con el mismo título, estructura y mecanismo (p. 109), aunque no idénticas. La personalidad de las variaciones de cada versión se explican porque son distintos los públicos receptores, cristiano-latino o árabe-musulmanes (para las diferencias sustanciales entre ambas, ver las pp. 115-117 y 122).

El libro sirve de guía para la consulta pronóstica. El mecanismo, bien resumido por el editor (pp. 110-114) está también en el *proemio* de la obra (p. 155) cuyo *incipit* dice: “Instrucciones para la siguiente obra denominada socrática

⁷ Me refiero al *Lapidario de Sócrates y Dionysio*, editado por R. Halleux / J. Schamp, *Les lapidaires grecs*, Paris, 1985, pp. 162-171.

(*documentum subsequenter considerationis que Socratica dicitur*). Hay dos métodos que tienen en común el uso combinado y complementario de letras, números y casas predeterminadas. No son complejos, tampoco muy sencillos. Como en un juego pseudopitagórico puede decirse que el destino depende del número, un número sacado al azar que determinará todo el recorrido de las tablas o distintas partes de que consta la obra. Quiero citar la parte de la explicación de Alonso Guardo para que nos hagamos una idea de la *techné* y también del contenido y del sentido de este libro de pronósticos: «El primer método es afín al que se emplea en la geomancia, de ahí que este tratado aparezca algunas veces bajo este nombre, aunque éste es el único aspecto que tiene en común. El método geomántico de los puntos consiste en trazar con la mano derecha y de derecha a izquierda cuatro grupos de cuatro líneas de puntos sin contarlos. Originariamente esto se hacía en la arena o con la tierra (de ahí el nombre de geomancia). Las cuatro líneas de un mismo grupo deben ser de distinta longitud, como los cuatro dedos de la mano sin contar el pulgar. A continuación, siempre de derecha a izquierda, se unen de dos en dos los puntos de las cuatro líneas hasta que al final de cada una de ellas queden uno o dos puntos, los cuales configuran la primera figura. Lo mismo hay que hacer con los otros tres grupos de cuatro líneas. El resultado son cuatro figuras, a las que se denomina *matres*, a partir de las cuales se obtienen otras once o doce, según los casos, mediante diversos métodos. En nuestro caso, el procedimiento no es tan complicado y solamente se han de trazar en la tierra o en la arena o bien en un papel con tinta una serie de puntos inferior o igual a diez. El segundo procedimiento consiste en una rueda giratoria o ruleta con diez compartimentos. Según se desprende de la descripción, la parte giratoria de la rueda estaría constituida por una figura de Sócrates marcando con su dedo el número. No hemos encontrado ningún testimonio donde aparezca así, aunque en los manuscritos aparece un dibujo de una de estas ruedas giratorias, en este caso dividida en nueve partes. Una vez que tenemos un número inferior a diez, hemos de escoger la pregunta que nos interesa...», etc. Basta con esta muestra.

Lo más importante, la versión bilingüe del texto, se da en pp. 154-239.

El primer bloque es una larga serie de preguntas que un cliente pudiera hacer. A modo de ejemplo, la primera y la última de la serie (“Ascenderá este año o no?”, “¿Será bueno confiar a alguien un asunto privado o no?”). La pregunta y el número *sorteado* remiten a otra parte del juego consultorio (en definitiva, del escrito) en el que hay combinaciones de dos letras (pp. 164-173) que encabezan fórmulas o palabras con la siguiente invariable estructura que, a su vez, manda a otra carta donde consultar el pronóstico del número obtenido al principio. Estas “esferas” son: la de las especias (*spera specierum*) (p. 174-177), la de las flores (*spera florum*) (pp. 178-181), la de los peces (*spera piscium*) (pp. 182-185), la de las aves (*spera volatiliium*) (pp. 186-189), la de las piedras (*spera lapidum*) (pp.

190-193), la de las hierbas (*spera herbarum*) (pp. 194-197), la de los montes (*spera moncium*) (pp. 198-201), la de los ríos (*spera fluminum*) (pp. 202-205), la de los árboles (*spera arborum*) (pp. 206-209), la de los frutos (*spera fructuum*) (pp. 210-213), la de las ciudades (*spera civitatum*) (pp. 214-217), la de los animales (*spera animalium*) (pp. 218-221). Sigue a esta sección el elenco de *reges* (o *regentes*) (pp. 222-239), con las que concluye el escrito y con las que concluía, a modo de sentencia definitiva, el acto de la consulta adivinatoria.

La combinación de elementos naturales para hacer pronósticos, adivinar, o condicionar el futuro personal es una técnica muy antigua, bien conocida por los libros que combinan magia y superstición para cambiar a mejor el porvenir de la vida humana, o avisar de enfermedades. En tal sentido no puedo dejar de recordar algunas obras que, no sé si cercana o remotamente, parecen haber inspirado este libro de “pronósticos socráticos”. Me refiero concretamente a la extensa obra, distribuida en cuatro libros o partes, llamado *Kyranides*⁸. La obra, escrita en griego, se data quizás en el siglo III d.C., y representa la supervivencia más extensa de una literatura iniciada por Bolo de Mendes, que trataba un amplio abanico de fenómenos naturales y destacaba sus utilidades médicas y mágicas. Se asemeja funcionalmente a los *Geoponica*, obra de comienzos del siglo I d.C. (pues en *Geopon* X, 6, un compilador que habla en primera persona asegura que va a dar una lista detallada de los peces sacados de los libros o enseñanzas de Asklepio, de Manetón, de Páximo y de Demócrito-Bolo), y sobre todo el *Physiologus graecus*, obra de los primeros siglos del Imperio (II-IV)⁹, ambas obras epitomizadas en época bizantina.

No me resisto a transcribir —por el parentesco, al menos de fondo, que le atribuyo con los pronósticos socráticos que estamos comentando— un fragmento del final del libro IV de *Kyranides* que, a modo de manifiesto poético refleja perfectamente la conexión entre el hombre y su destino y la naturaleza. A ambos los gobierna Dios. El texto dice así¹⁰: «Además, la bienaventurada Naturaleza ha

⁸ D. Kaimakis, *Die Kyraniden, Meisenheim am Glan 1976. (Beiträge zur klassischen Philologie herausgegeben von E. Heitsch, R. Merkelbach und C. Zintzen, Heft 76)*; M. Waegeman, *Amulet and Alphabet. Magical amulets in the First Book of Kyranides*, Ámsterdam, 1987. En el mismo sentido cf. un extenso trabajo mío: “Magia, amuletos y supersticiones de materia medica en el libro I de Kyranides”, Madrid, en prensa.

⁹ F. Sbordone (ed.), *Physiologus*. Roma, 1936 (repr. Hildesheim 1976); D. Offermanns, *Der Physiologus nach den Handschriften G und M*. Meisenheim am Glan, 1966; D. Kaimakis, *Der Physiologus nach der ersten Redaktion*. Meisenheim am Glan, 1974.

¹⁰ Del que parece depender parcialmente la famosa *Precatio Terrae Matris* escrita en el Cod. Vindob. 93 fol. 9v: *Dea sancta Tellus, rerum naturae parens, quae cuncta generas et regeneras in dies, quod sola praestas gentibus vitalia*, etc. El texto inspiró el famoso

manifestado todo su poder en las piedras, las plantas, las hierbas y las aguas. Las cosas necesarias, de las que el hombre no puede prescindir, como el agua, el fuego, así como todo lo que se relaciona con el aire, con el sol, con la luz, etc., todo nos ha sido dado al instante. En cuanto a las cosas que no son necesarias para la vida, es decir aquellas que son difíciles de conseguir, como las piedras preciosas y los metales, hablaremos de ellas ordenadamente. Y después, bajo la vigilancia y bajo la protección de Dios, trataremos acerca de los metales que nos da la tierra.»

De hecho, la combinación de seres vivos, animales y plantas, con las letras¹¹, deviene en un alfabeto que, debidamente manejado, es un instrumento eficaz del mago, y en última instancia de Dios, que es quien “conduce” sabiamente los números y las letras que gobiernan el universo, incluido a los hombres y mujeres y su devenir. Los *prenostica Socratis* parecen una mezcla, síntesis, renovación o adaptación “medieval” de este libro. La obra es un ejemplo de la larga sombra o herencia clásica, y particularmente en este caso de la tradición antigua greco-egipcia de los siglos I-V d.C. sobre magia, superstición y adivinación.

El libro concluye con un amplio apéndice sobre la versión “árabe” de la los *prenostica Socratis*, con cita y descripción de los manuscritos (pp. 243-251), y su *translatio latina* (pp. 252-275). Siguen unos índices léxicos, una bibliografía y varias imágenes sacadas de los manuscritos.

Sabino Perea Yébenes

poema sinfónico de Gustav Mahler titulado *La Canción de la Tierra* (*Das Lied von der Erde*).

¹¹ Se lee en el manuscrito Paris 2256 (redacción D, de las *Kyranides*): «Resúmenes de Harpocración de Alejandría sobre las virtudes naturales de las bestias, de las hierbas y de las piedras. Se han colocado por orden alfabético, de modo que cada letra comprende una planta, un animal (ave o pez), y una piedra, siendo cada uno de estos cuatro elementos simpáticos los unos con los otros”, todos ellos nombrados con sus nombres comunes que empiezan con la misma letra. Naturalmente, la combinación “alfabética” en cada amuleto no tiene sentido, se debe a la casualidad de que cada especie comience por una determinada letra, y por tanto la “simpatía” existe difícilmente según la lógica del empirismo médico, pero esa ordenación es útil para los magos o para quienes creen en la eficacia de los amuletos, que dejan al albur de la voluntad divina poner nombre a los animales, a las plantas y a las piedras, de modo que el alfabeto es un instrumento verdadero y eficaz del mago». (Texto citado por A.J. Festugière, *La révélation d' Hermes Trismegiste*. I, Paris, 1986, p. 202).